

Biblioteca Juan B. Viquez

No. 2

EDICIONES DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
NUCLEO DEL AZUAY

DON

9401



LA SEGUNDA FIESTA DE LA LIRA



CUENCA—ECUADOR

Nº 9401

9401
E 861.4

M 224 f

LA SEGUNDA FIESTA DE LA LIRA



M 452 (evey)

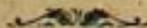
9401
861.4

No. 2

PUBLICACIONES DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
NUCLEO DEL AZUAY

LA
FIESTA DE LA LIRA
EN CUENCA

Piezas literarias del Segundo Certamen,
realizado en 1920



Presentación y Discursos del Mantenedor
de la Fiesta en 1947,

ALFONSO MALO RODRIGUEZ

CUENCA*ECUADOR

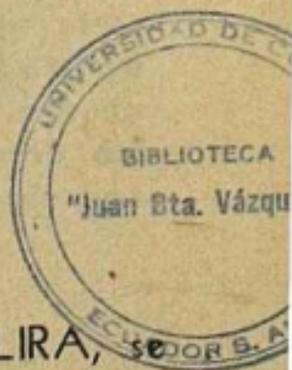
"EDITORIAL AUSTRAL"

Mayo de 1947.

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
SUB TEGMINE	7
LA VOZ DEL GRAN TRIBUNO AZUAYO	9
RAFAEL MARIA ARIZAGA.—Discurso	11
LA FLOR NATURAL	20
REMIGIO TAMARIZ CRESPO.—El Solitario	21
LA VIOLETA DE ORO	25
REMIGIO TAMARIZ CRESPO.—Resignación	27
PROCLAMACION DEL NUEVO MANTENEDOR	32
REMIGIO ROMERO CORDERO.—Discurso	33
LA CRONICA DE LA FIESTA	38
LA SEGUNDA FIESTA DE LA LIRA	39
MANUEL M. ORTIZ.—Presentación del Mantenedor en 1947	51
ALFONSO MALO RODRIGUEZ.—Palabras de agradecimiento	58
ALFONSO MALO RODRIGUEZ.—Discurso	63

Sub Tegmine...



Iniciada la FIESTA DE LA LIRA, se
quiso que ésta tenga algo así como un escu-
do simbólico que patentice cuanto de fervo-

roso y encariñado culto al suelo propio late en ese ideal, cuya íntima aspiración no hay duda que se endereza a honrar y dar lustre a Cuenca, a esta **Arcadia de los Andes**, como place llamarla cuando se piensa que por su hermosura y querencia al gay saber trae al recuerdo la poética región griega.

Esta fue la razón que impulsó al inolvidable artista Emmanuel Honorato Vázquez a idear el Blasón que encabeza estas líneas, cuya simbología la explica elocuentemente así: "El lema tomado de la primera Egloga de Virgilio es **Sub tegmine** -bajo la enramada- como expresivo del amor a la tierra nativa. En el escudo, estilizado heráldicamente el árbol querido y familiar de los campos azuayos -el capulí- tiene a su sombra, en la tierra donde arraiga el tronco, hincados un clavo y una saeta, simbólicos del amor que nos liga a nuestro terruño: el clavo, lo propio, personal de nuestro tenaz amor a la patria; la flecha, como don del cielo concedido a nuestro corazón para arraigarnos al suelo natal".



RAFAEL MARIA ARIZAGA.

MANTENEDOR DE LA FIESTA DE LA LIRA EN 1920

La Voz del Gran Tribuno Azuayo

QUE palabra más autorizada para hacer inolvidable la Segunda Fiesta de la Lira que la de Rafael María Arízaga!

Su voz clara, bien timbrada, tan sonora como melodiosa, llega a los oyentes para subyugarlos con altos conceptos, que, si expresados con galanura sin par, también entrañan la profundidad de las ideas que merecen perpetuarse, por su brillantez.

En su discurso, demuestra Arízaga las cualidades del crítico auténtico, que brinda por igual su comprensión a lo antiguo y a lo moderno, si es que en lo antiguo o en lo moderno triunfa el Arte y resplandece la Belleza.

Cómo evoca con amable saudade las figuras más sobresalientes entre las de

los viejos cultivadores de las letras en el Azuay y cómo, al mismo tiempo, demuestra cordial simpatía para con la juventud que, siguiendo esas huellas, triunfa ahora en los arduos certámenes de la Lira!

Cómo cobra alas la emoción al pedir que se haga justicia a Miguel Moreno, tributando homenaje de reconocimiento a sus virtudes eminentes en el canto y en la vida! Qué importa que entonces no pudiera realizarse el noble propósito; pero tal iniciativa fue semilla generosa que germinó años más tarde, cuando la austera figura del poeta del LIBRO DEL CORAZON halló la apoteosis del bronce.

Oíd al gran tribuno azuayo, y veréis que os incita al aplauso su elocuencia, vibrante y armoniosa, toda ella hecha de cláusulas de oro.

Discurso

del Mantenedor de la Fiesta de la Lira en 1920

Señores y amigos:

HACE un año que, reunidos como hoy en grupo casi familiar, en la heredad de uno de los más amables y beneméritos de nuestros hombres representativos —don Roberto Crespo Toral—, disteis comienzo a estos simpáticos torneos de las letras y del arte, que, si traen a la mente la Academia de la gaya ciencia y las justas literarias de pasadas edades, tienen en vuestra intención un carácter mucho más confidencial e íntimo, revelador más bien del afecto mutuo, del noble afán de la gloria ciudadana, que de la ansia de segar laureles de personal nombradía, en la cumbre solitaria del egoísmo y de la vanagloria. De ahí que no hayáis buscado para congregaros las solemnidades urbanas y que hayáis preferido la amplitud de los campos en flor, en plena caricia de la luz, para comulgar con la amable naturaleza, con el alma oculta de los vergeles andinos, con quien discurre, bañada de rocío y coronada de rosas, la musa autóctona de vuestros cantos.

Por un exceso de vuestra hidalga cortesanía (y no lo llamo desacierto, por el afectuoso respeto que me merecéis) habéis querido que en esta ocasión presida vuestra fiesta este viejo amigo y compañero, que no tiene para ello más título que el que dan los años, y si acaso también su nunca menguado entusiasmo por el decoro de la ciudad nativa, por las glorias comunes de la patria, y por ver a su brillante juventud, coronada de mirto y laurel, en las bien conquistadas cumbres del saber y de la fama. Mas, para serenar mi espíritu, me complazco en pensar que por razones puramente afectivas, habéis querido tan sólo asociar mi nombre al recuerdo de éste como banquete de trovadores, al cual vosotros mismos, previsores y generosos, habéis traído delicioso refrigerio: quédele a vuestro Anfitrión la ufanía de escanciar el vino de vuestras propias ánforas y de ofrecérselo, con el rendimiento propio de su sincera admiración.

Y qué vino, señores, el que váis luego a gustar, en estos momentos de noble y espiritual esparcimiento! Pasaron ya los días en que sólo supimos vaciar en nuestra copa los viejos odres de la fecunda viña castellana; pasaron también los tiempos de aquel pobre artificio que la industria moderna llama procedimiento sintético, falsificación de la naturaleza, alquimia de la imitación, labor infecunda para el progreso del arte, confesión de propia impotencia, renuncia de la libertad del espíritu para lanzarse libremente por los infinitos campos de lo desconocido, donde todo aventurero audaz puede descubrir nuevas «islas afortunadas» más allá del «non plus ultra» escrito por el apocamiento de la ignorancia. Aprendimos el arte tradicional, cierto; y benditos sean los grandes maestros que nos lo enseñaron, desde la vieja y venerable cátedra española; pero iniciados en él, hemos aprendido también a aprovechar nuestra propia substancia, a extraer el jugo de los frutos de la tierra nativa, para deleitarnos con néctares de nuestra propia confección. Y de esta verdad, que honra la literatura ecuatoriana de nuestros días, la cuencana en especial,

es buena prueba esta que habéis querido llamar «Fiesta de la Lira», dedicada al culto de la inspiración nacional, de la poesía del terruño, que sin dejar de ser fiel a la tradición de la nación egregia que tuvo un tiempo en sus manos el cetro de las letras y de la política de un mundo sin ocaso, aspira a proclamar la libertad del arte, la autonomía de la escuela y a enarbolarse bandera propia, símbolo de independencia, en las altas cumbres de estas benditas tierras, las más vecinas del sol.

La Fiesta de la Lira marcará época en la historia de nuestras letras, en los anales de nuestra cultura. Fiesta de trovadores y de artistas, ella documentará en páginas de oro el progreso del alma nacional; porque al fin y al cabo, la Poesía, primor de la palabra, primor del pensamiento, es la más perfecta expresión de cuanto hay en nosotros de noble y elevado, de misterioso y trascendente.

Dotado el hombre de alma intelectual e imperecedera, mal satisfecho de las realidades palpables de la vida; sujeto con las ligaduras de la materia a la estrechez del tiempo y del espacio, es una existencia fugaz

*«do apenas nace el sol, cuando se pone
en las tinieblas de la noche fría»;*

necesita, por irresistible impulsión de su espíritu, llegar a la contemplación de lo ideal, penetrar el sentido arcano de la vida, indagar sus enigmas, elevarse de lo real a lo posible, de lo relativo a lo absoluto, de la naturaleza creada a la fuente inmortal del ser, al Ser inmutable y necesario: aviador audaz, necesita sacudir el polvo de la tierra y encumbrarse a las regiones etéreas, en donde, apagados todos los rúmoreos del mundo inferior, presta oído atento a la misteriosa voz del infinito. Así cumple el hombre la ley de su naturaleza superior; y nacido para la comunicación de los espíritus,

por el poder del verbo, de su intelecto brota la palabra, destello de la luz increada; y la palabra a su vez, símbolo de todo lo cognoscible y alma de todo lo bello, dilata los dominios del reino intelectual, dá expresión a sus misterios, define y clasifica sus infinitas maravillas. Y bien, señores; hay un arte soberano, nacido por un imperativo del ser espiritual del hombre, que hace de la palabra el instrumento creador de la belleza: vosotros lo conocéis: él constituye el título nobiliario de la especie humana; él es la prueba más brillante de la sublime alteza de su origen.

La Fiesta de la Lira está destinada al culto de ese arte portentoso, que yo me atrevería a llamar nuestra primera aspiración, quizá también nuestra primera conquista, si por ventura se cumple en nosotros la ley que cree tener por demostrada la crítica moderna. La Poesía —se ha dicho— nace en la aurora de las civilizaciones; precede a la ciencia y a la filosofía, porque los arrebatos de la imaginación; el fuego del estro creador; la audacia de la concepción; el arte de las imágenes —recurso menos necesario a medida que las lenguas se perfeccionan—; todo cuanto constituye el temperamento poético, es más propio de las sociedades incipientes que de los estados avanzados de civilización. Macaulay se sorprende de que el cantor del *Paraiso Perdido* pudiese superar las dificultades que debía oponer a sus grandes creaciones poéticas el ambiente de científica cultura y de progreso en que se desenvolvió su genio.

A ser justas estas observaciones —y lo son en buena parte, a mi juicio— ¿No pensáis, compatriotas y amigos, que tendríamos un motivo no tan sólo de consuelo, más aún de regocijo, al considerar que nuestro retardo en el camino del progreso —del progreso material, industrial, económico, etc.— nos permite, como en grata compensación, demorar en los dominios del arte primigenio, del arte por excelencia, de la santa y amable poesía? Tal vez es ese retardo el que nos hace amar como amamos las maravillas de nuestra virgen

naturalza, la más exuberante y espléndida del mundo; tal vez ese retardo es el que no hace buscar en los inocentes goces del hogar, en los encantos de una vida cuasi patriarcal, las emociones que otros buscan en el drama turbulento que engendra pasión en los pueblos que se precian de altamente civilizados; tal vez es ese retardo el que alejándonos de los altares del becerro de oro, nos hace rendir culto a la belleza ideal, cuyo arquetipo eterno reconocemos y adoramos en el arte y en la vida.

Si esto es así, señores, bendigamos nuestro destino; y cúmplanse en nosotros las leyes de la evolución social, como se cumplen en el individuo las leyes del desarrollo fisiológico. Y pues a los ensueños de la adolescencia y de la juventud se ha de seguir un día el árido realismo de la edad madura, cumplamos hoy como buenos nuestro destino y dejemos hondamente impresa en el alma nacional la huella de nuestro paso por la tierra. Jamás olvida el mundo a los inspirados heraldos de la civilización, a esos que la sabia antigüedad latina calificó de Vates, esto es profetas, ministros de los dioses, oráculos, videntes: toda la historia de la humanidad civilizada gira al rededor de nombres como los de Homero y de Platón, de Virgilio y del Dante, de Shakespeare y de Milton, de Lope y de Cervantes.

Vosotros lo comprendéis bien, nobles trovadores cuenecanos; y porque así lo comprendéis y tenéis idea cabal de la alta y soberana misión del arte, os habéis consagrado a su fervoroso culto y habéis instituido este certámen de la lira; esta hermosa fiesta en la cual puede hoy tomar parte, como si dijéramos todo un pueblo: un pueblo de artistas y poetas. Qué bello espectáculo, señores, el de esta multitud iluminada, cuán admirable esta floración exuberante de nobilísimos ingenios, que llenan de armonías nuestros cármenes floridos y nuestras azules montañas!

Cuando los hombres de mi edad abrimos los ojos a

la contemplación artística, cuán diversa la escena que se representaba en el teatro de nuestras letras! Vagaba en el ambiente y ejercía poderoso influjo en las almas el recuerdo de un bohemio peninsular, exuberante y apasionado, cuyos «Cánticos del Nuevo Mundo» y lamentos de amor todos repetíamos; resonaban aún las endechas de Guillermo Blest Gana, que acertó a pasar por nuestra tierra, cuando la mano de la fatalidad abría la temprana tumba de Dolores Veintimilla; Belisario Peña y Benjamín Pereira Gamba habían pasado también, proscritos y dolientes, haciendo oír en nuestras veladas las armónicas notas de las liras del Funza; como las hizo oír otro día, más de propósito y con intención docente el inspirado y dulcísimo Teódulo Vargas, fundador entre nosotros de una academia juvenil de recuerdos imperecedero. Pero los nuestros, cuán pocos! los amantes del arte, cuán contados!

Cordero se alzaba ya en la plenitud del genio; pero aún no había cantado a la raza latina, ni había pagado al dolor el magno tributo de su alma toda hecha elegía: Joaquín Fernández de Córdova, aficionado a la leyenda tradicional, sólo nos había dado la del espadachín Zabala; Antonio Marchán había compuesto pocos sonetos de muy apreciable factura, y Miguel Ángel Corral, poeta de verdad, pero modesto hasta la timidez, sólo nos había encantado con su «Fantasía de Amor», una de las más preciadas joyas de la primera Lira Ecuatoriana. ¿Quién más? Paréceme que nadie. Ah, perdón! una infeliz Corina, que en otro ambiente de mayor cortesanía y benevolencia, pudo tal vez osarse a cantar la poderosa égida de Palas; pero a quien una crítica feroz y despiadada arrastró por el polvo del circo, sin miramiento alguno a los fueros de la dama ni a lo inocente de la intención artística. He aquí todo el parnaso de nuestra primera edad poética. Más tarde se sentaron a la mesa de los dioses Julio Matovelle, Miguel Moreno, Honorato Vázquez y, por fin, Crespo Toral; y después de ellos y por ellos, por su ejemplo, por su estímulo, por sus sabias lecciones y su sincera confraternidad litera-

ria, toda esta pléyade de artistas del ensueño, capaces de sustentar el torneo anual del *Gay Saber* y de aportar a nuestra ya rica Antología piezas tan brillantes como todas las del concurso de 1920. Y es grato reconocer, señores, cómo hemos adelantado, no sólo en el sentimiento estético, en la concepción y la técnica del arte, sino también en gentileza y galantería, otra forma especial del culto de lo bello. Al coro grave y armonioso de los trovadores cuencanos júntese hoy el soprano dulcísimo de las Mosqueras y las Muñoces, las Corderos y las Abades, en medio al aplauso general de un pueblo entusiasmado; y ay! del malandrín que fuera osado a mover la lengua viperina en su desdoro: cien apuestos caballeros del ideal se lanzarían, a banderas desplegadas, a desfacer el plebeyo agravio y a besar rendidos las plantas de la ofendida fermosura. Permittedme ahora, señores, que, como Mantenedor del torneo del presente año, pase ya a daros cuenta de las producciones presentadas y de los premios a ellas discernidos.

Tema libre y argumento nacional fueron señalados para el certámen lírico: úno y ótro han sido ensayados por artistas de indiscutible, brillante inspiración, que han puesto a prueba, en siete composiciones de mérito sobresaliente, el gusto depurado y la verdadera competencia literaria del jurado calificador, cuya no corta indecisión para otorgar los premios merecidos cede en honra común de todos los poetas concurrentes. Yo me atrevería a proclamar que, en esta ocasión no ha habido vencidos: PRIMUS INTER PARES, el justador laureado ha obtenido una distinción que él mismo —estoy seguro de ello— compartiría gustoso con sus gallardos competidores.

«Resignación» y «Solitario» son los títulos de las dos poesías premiadas, que han resultado ser de un mismo autor, quien ha llevado su modestia hasta el punto de ocultarse bajo un doble recurso de seudónimos. Sólo al publicarse el programa de esta Fiesta le ha si-

do necesario descubrirse: es el ya conocido y justamente afamado poeta don Remigio Tamariz Crespo, quien os encantará luego con la presentación de sus propias creaciones.

La Musa nacional está de triunfo, señores; «Resignación» y «Solitario» son dos valiosísimos tributos que vienen hoy a enriquecer el tesoro de nuestras letras y a corroborar la verdad que os insinué al principio de este discurso, en orden a la afirmación de nuestro *carácter propio*, en las manifestaciones artísticas del pensamiento. Obras de brillante inspiración, reveladoras de un altísimo concepto trascendental de la vida y de un espiritualismo que brota del fondo de nuestras creencias; están además impregnadas de nuestro ambiente tradicional y son eco fiel de las ideas y aspiraciones de un pueblo en el cual se funde el alma de dos razas: poseída la una del delirio de la gloria; herida la ótra en lo más íntimo del ser, por el dolor de la conquista y la ignominia del vencimiento. Pero no debo adelantarme a vuestra propias impresiones, y os pido permiso para concluir.

Mas no lo haré, señores, sin aprovechar de ésta, la más apropiada de las ocasiones, para pedir a los poetas de mi tierra un grande acto de reparación y de justicia. En esta pobre mansión que aquí véis, en esta misma heredad en que os encontráis, estableció su hogar, gustó la felicidad de un día, amó, cantó y oró el más tierno, el más popular, el más santo de nuestros poetas, el incomparable Miguel Moreno, el cantor de los «Sábados de Mayo», el autor del «Libro del Corazón». Pocos hombres tan merecedores como él del afecto y de la veneración de todo un pueblo: él fué durante largos años el alma de toda empresa artística o literaria, patriótica o religiosa, intentada o realizada entre nosotros; él fué, especialmente, el amigo, el consultor, el hombre del consejo y del aplauso, de cuantos cultivadores del arte quisieron aprovechar el inagotable tesoro de su generosidad sin límites. Pues bien, señores:

hace diez años que Miguel Moreno nos fué arrebatado en horas lúgubres para la Patria, en momentos de confusión general, ausentes algunos de sus más íntimos amigos y envueltos los demás en el torbellino de una situación preñada en trágicas expectativas. Y es lo cierto que hasta hoy nada han hecho los poetas cuencanos para honrar debidamente la memoria de Miguel Moreno, para salvar del olvido el tesoro de sus cantos inéditos, para pagar una deuda de afecto y de admiración a su memoria. Yo os propongo, señores, que este sábado de mayo, que nos recuerda los cantados por el Poeta, en esta Fiesta de la Lira que por mil motivos se relaciona íntimamente con su glorioso nombre, todos los aquí presentes, nos declaremos constituidos en Gran Comité y que, organizada una Mesa Directiva, bajo la presidencia de honor de Honorato Vázquez y de Remigio Crespo Toral y de Nicanor Aguilar, le encarguemos la grata tarea de honrar al altísimo Poeta. Dios, la Patria y las Letras así nos lo demandan.

Rafael M. Arizaga.

La Flor Natural

LA más alta recompensa de las dos concedidas en ese año por el Consistorio de la Fiesta de la Lira —la Flor Natural— la adjudicó el Jurado calificador de los trabajos enviados al Certamen al insigne poeta Remigio Tamariz Crespo, quien obtuvo ese preciado laurel con su inspirada composición **EL SOLITARIO**, que desde entonces ha sido considerada como joya de antología.

La crítica literaria, así la nacional como la extranjera, no ha escatimado elogios a este sugestionador poema, que, en concepto del notable intelectual colombiano Ignacio Rodríguez Guerrero, es «hermosísimo y muy sentido, pues interpreta a cabalidad un tema subyugante, en el que se aduna a un elocuente símbolo toda la tristeza de la raza india de América»; «sus versos —agregan— tienen una suave y dulce saudade, que me hace recordar la modalidad característica de ciertos poetas de habla portuguesa».

El Solitario

FLOR alada de los tristes pajonales
donde reina la infinita soledad,
¡cuál se hermana tu lamento con los gritos funerales
de las ráfagas que cruzan la desierta inmensidad!

¿Es tu canto de la América sojuzgada, la elegía?
¡Solitario, en tus gemidos de ternura honda y humana,
que entristecen el silencio de la yerma serranía,
hay la cruel melancolía
con que llora la doliente raza indiana!

A tu acento, mi alma evoca las leyendas del pasado;
los laureles que cubrieron las andinas soledades;
de los Shiris y los Incas el reinado
que colmara de grandezas las incógnitas edades.
Sueño ver el magno Imperio
florecido en gemas de oro, bajo la égida del sol,
y cuya ínclita realeza sepultóse en el misterio
y en la noche de la Historia,
cuando en la ínclita ribera flotó el Lábaro español,

y, en audaces carabelas, llegó el rayo
de la tierra de Pelayo,
que es la cuna de la Gloria
y el palenque del Honor.

Sueño ver en cruentas lizas a los Hércules desnudos,
cual bronceados paladines,
combatiendo a la falange castellana,
con los pechos por escudos,
con la flecha y la macana,
entre el coro de los bélicos clarines,
al tronido de arcabuces y cañones,
mientras pasan, como trombas, los bridones,
sacudiendo las revueltas, negras crines,
por sabanas y peñascos
que retumban y chispean bajo el hierro de los cascos.

Ave heráldica del indio, ¿simbolizas la tristeza
de la Raza que en la tumba se ocultó con su tesoro,
y que hoy vierte amargo lloro
sobre el yugo de los siervos, de sus glorias en la huesa?...

Cuando el alba prende velos de oro pálido en las cum-
y aljofáranse las flores (bres
con el llanto de los últimos luceros;
cuando el véspero derrama cual caléndulas sus lumbres
y se escuchan en la sierra melancólicos rumores,
¡Solitario, siempre triste, siempre a solas,
en las piedras de la pampa y en la paz de los oteros,
das al viento del eriazó tus gemidos,
único himno que se eleva en las huacas y las tolas
donde duermen los esclavos, los vencidos!....

En los blancos, silenciosos peñascales
donde brotan pasionarias y arirumbas;
de las míseras aldeas en el viejo campanario;
en las tapias derruidas, en los nichos sepulcrales,
tu funéreo nido labras, Solitario,
con el líquen de las rocas, con el limo de las tumbas
y las briznas de las chozas olvidadas....

Así el paria de los Andes, por quien lloras:
en las cimas desoladas,
en las quiebras y declives de la adusta cordillera
donde son las tardes lúgubres y sombrías las auroras,
con la greda de los yermos que fecunda su trabajo,
de las cumbres con la undosa, gris y verde cabellera,
forma y cubre la cabaña, que «es un nido vuelto abajo»!

Mientras flotan, cual sudarios de la sierra, las neblinas
y opacada y fría luce la sidérea claridad,
y las ráfagas andinas
baten ondas cenicientas en la hostil inmensidad,
repercuten en cañadas y vertientes,
de los mudos pajonales en las rutas blanquecinas,
el sollozo de las queñas, el clamor de las bocinas
y las notas, como lágrimas, del azuayo rondador.
¡Y en la música del indio, mi alma encuentra las dolientes
armonías de tu queja, Solitario,
y comprendo que el desierto tienen ambos por calvario,
que ambos tienen por verdugos el olvido y el dolor!....

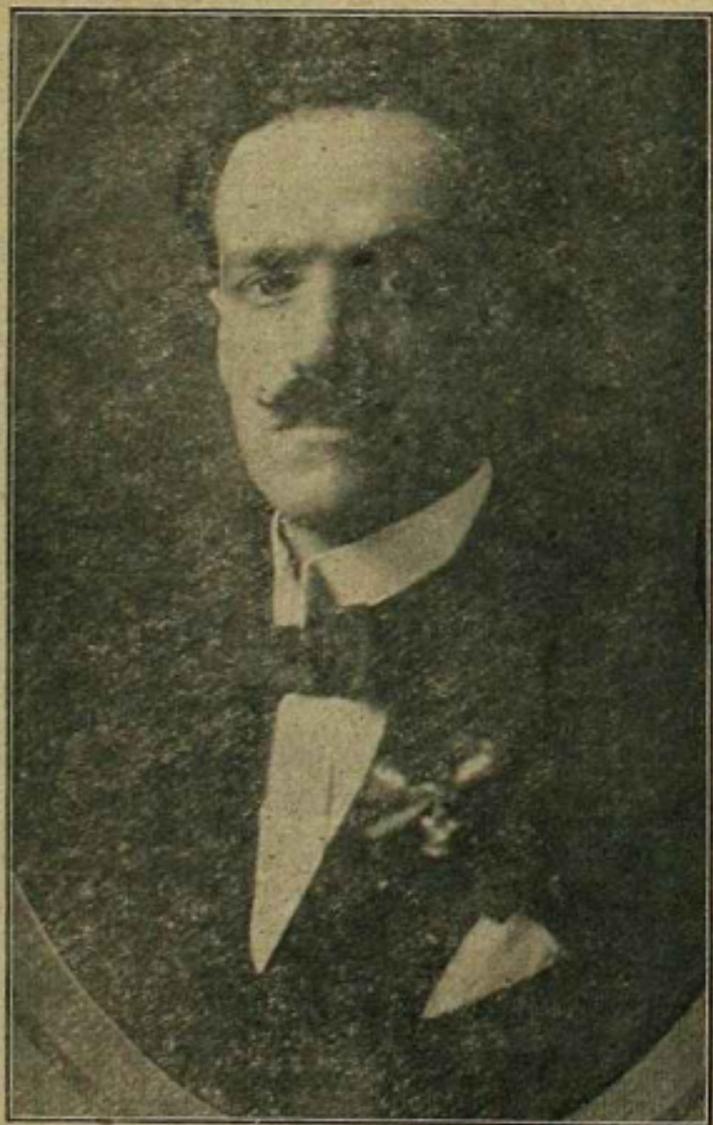
Flor alada de las ruinas, treno vivo de la sierra,
¡soy tu hermano!
¡En mis versos gime el alma dolorida de mi tierra,
y en tus himnos, las nostalgias del desierto americano!

Peregrino por eriales de brumosas lejanías
donde el sol es frío y pálido, donde hay flores olvidadas
y se escuchan, en las noches, misteriosas elegías
y no cesa el alarido de las ráfagas heladas.
Sin oasis, con sangrientos espinares, cruel desierto
donde sombras del pasado van en muda procesión;
donde el bronce del olvido toca a muerto
por las dichas de que es tumba palpitante el corazón....

¡Solitario, nuestra cruz es el recuerdo! ¡Mis querellas
son ignotas resonancias de tus cantos de orfandad!
¡Solitario, nuestras cuitas dejan lágrimas por huellas
en el reino melancólico de la eterna soledad!....

Ya muy pronto veré lejos los zarzales que me hieren,
y el fulgor amarillento de mi tarde postrimera
copiará de mis pupilas apagadas en el llanto
los celajes y esplendores de la mágica ribera
«donde viven los que mueren»,
y, en angosto y frío lecho, dormiré en el campo santo
que la niebla de los Andes arrebuja en su capuz,
y tú, entonces, del crepúsculo a la luz,
desde el risco que endoselan las orquídeas del barranco,
dando al viento tu plumaje gris y blanco,
como lirio de ceniza, bajarás hasta mi cruz,
¡y allí, tu himno será, en alas de los cierzos gemidores,
postrer eco de mi adiós
a la tierra donde en cardos florecieron mis dolores,
y la nieve del olvido
cubrió el nido
de los dos!....

Remigio Tamariz Crespo.



REMIGIO TAMARIZ CRESPO,

GALARDONADO CON LA FLOR NATURAL Y LA VIOLETA
DE ORO EN LA FIESTA DE LA LIRA DE 1920.

La Violeta de Oro

AL adjudicarse el premio a la mejor composición entre las de tema libre, también hubo de ser elegido para ello un poema de Remigio Tamariz Crespo.

Este doble triunfo —que, a decir verdad, no fue sorpresa para nadie, pues conocidas y admiradas son las relevantes ejecutorias artísticas del lírico cuenecano— ocasionó un bello comentario de Manuel Moreno Mora, quien, a propósito de lo ocurrido, recordaba la siguiente pintoresca escena:

«Cuentan que un Rey ofreció glorioso premio al poeta que mejor elogiara a la rosa. Presentadas las poesías hubo una, prodigio admirable de arte, que, como la rosa entre las flores, lucía y encantaba. A la mujer que tal milagro de lirismo enviara, preguntóle el Rey: —¿Quién hizo estas rimas?— Yo, contestó la joven. —Mientes!— gritóle el Rey airado. Estas rimas tan hermosas sólo

pudo haberlas escrito Kalidasa». Lo que le hacía añadir a Moreno Mora:

«Sólo Remigio Tamariz Crespo, en cuya lira cantaban ruiseñores, pudo haber escrito las poesías premiadas, pensé al leerlas.

«Hoy, en la Fiesta Lírica, se sentirán más laurel y más oro en el gallardo pecho del poeta vencedor, la FLOR NATURAL y la VIOLETA DE ORO tan codiciadas».

Resignación

A los que padecen persecuciones
por la gloria

VOSOTROS, que en la frente pensadora
lucís el lauro en que su lumbré riela
la chispa creadora;
vosotros, cuya prez el dolor cela,
y en las zarzas de todos los caminos
os desgarráis la planta,
mientras os befa el odio de los viles
que insultan al que asciende, triunfa o canta:
¡desdeñad el rencor de los mezquinos;
la saña perdonad de los reptiles!

No sueñan con la cumbre
los gusanos que arrástranse en la tierra,
y a la sagrada lumbré
mueve el cárabo guerra.
Vosotros, de la idea soberanos,
sois luz y sois altura,

y os combate tenaz la hueste oscura
de insectos y de cára-bos humanos.

Del tiempo en el erial, sino doliente
tiene cuanto es gentil, cuanto destella
—flor, diamante, laurel, genio o estrella—:
¡nada puede lucir impunemente!...

Asédianle las sierpes de la insidia
al que a la cumbre remontarse pudo,
y es augusta la gloria que en su escudo
rompe los dardos de la artera envidia.

Cúmplid vuestra misión; sed como el Astro
que dora hasta la nube que lo enluta,
y, hollando abrojos, deja siempre un rastro
de sangre y luz en la terrena ruta.

Como el sándalo sed que, cuando herido,
todo su aroma exhala:
¡perfumad el acero enrojecido
en vuestras venas!...

El dolor es ala
que en piélagos de luz el vuelo expande,
y el que os arranca el odio, acerbo llanto
revienta el germen del laurel eterno;
¡lo que odian los mezquinos, es lo grande!
¡lo que odian los protervos, es lo santo!

—¿Qué debe ser martirio en el averno
espinas recoger, sembrando palmas?
—¿La justicia es quizá flor de las Horas,

«y el valle oscuro, centro de las almas»?

Mártires de la gloria, el Cielo quiso
que alfombrasen espinas punzadoras
el sendero de todo paraíso.

Si queréis lo que halaga y no fatiga,
no seáis como el oro
que, cuanto más el hierro le castiga,
es émulo del Sol, y es más sonoro.

No seáis cual la piedra codiciada
que es, del olvido en el imperio, oscura,
y, con su mismo polvo, facetada,
como la estrella matinal fulgura.

No seáis cual el cóndor peregrino,
señor de las eternas soledades,
que azota con el ala al torbellino,
mira abajo rugir las tempestades
y en el fúlgido azul se abre camino.

No imitéis a la oruga que, afanosa,
labra su propia fosa,
para surgir un día hecha fulgores,
con alas como pétalos de rosa,
y besar y rendir todas las flores,
trocada de gusano en mariposa.

¡Sed cual la hierba que en la senda crece
sin temer nunca al rayo ni al olvido,
pero que nunca en el Abril florece,
ni aroma el viento, ni en la rama mece
—«corazón de los árboles— el nido»!

¡Sed cual todo lo inerte
y rastrero y opaco, que intimida
a lo fecundo, a lo radiante y fuerte,
y cuya vida es perdurable muerte
porque no cambia en floración la vida! ...

¡Resignación! ¡Resignación!... La gloria
es flor que siembra en el Calvario el viento,
y el himno de victoria,
última resonancia del lamento....

Del vasto yermo en la abrasada arena
la airosa palma se levanta al cielo,
y cuando el huracán se desenfrena
y la mágica fronda abate al suelo,
al huracán confía,
el oro fecundante de las flores
que, bendiciendo al huracán, envía
a las flores de incógnitas palmeras,
cual germen de futuras primaveras
y tributo de cándidos amores.

¡Vosotros, del olvido vencedores,
palmas sois del desierto de la vida:
sufrió de la Fortuna los rigores,
pero de vuestra frente dolorida,
en la que esplende, el lauro de la gloria,
que es flor de excelsitud y desventura,
vuela el polen de luz del pensamiento
y fecunda en los yermos de la Historia
las palmas de oro de la edad futura!....

¡Benedicid, pensadores, el tormento

que da, a la par, abrojos y preseas
y, cual la tromba, perlas del oceano,
del fondo arroja del cerebro humano,
en eclosión de luz, ritmos e ideas!

Florezcan en el tiempo vuestros dones;
regad del bien las pródigas simientes;
ungid con óleos de piedad las frentes;
de dulzuras henchid los corazones.
Sed como el Grande, el Inmortal y Bueno,
Aquél, en cuyas manos enclavadas,
la eternidad juntóse a lo terreno.
¡El, la gloria y la luz dejó sembradas
en los siglos, y, en trágico martirio,
desgarró de su vida el blanco lirio,
trocando, para bien de los deicidas,
el cadalso en escala para el Cielo
y en rosas de clemencia las heridas!

Siempre la cruz fué enseña victoriosa,
y es el dolor providencial penumbra
en que el sol del espíritu destella,
como la espina es cetro de la rosa,
y la noche el imperio de la estrella.

Remigio Tamariz Crespo

Proclamación del nuevo Mantenedor de la Fiesta

SIGUIENDO la costumbre establecida, el Consistorio de la Fiesta de la Lira designó para Mantenedor en el año de 1921 a uno de los ecuatorianos más eminentes, así por su acendrado patriotismo como por la valía de su intensa labor intelectual en varios campos del saber, vale decir al ilustre alocucionador de juventudes don Honorato Vázquez.

Para hacerlo saber al público, tuvose el acierto de escoger a quien desde la hora de su aparición en el estadio literario supo mostrarse digno de los más altos lauros. Y fue así cómo el gran poeta Remigio Romero Cordero hizo la proclamación del nuevo Mantenedor en la forma elegante y pulcra, bien pensada y original con que siempre adereza cuanto brota de su privilegiado ingenio.

Discurso

en que se presenta a Honorato Vázquez como Mantenedor de la Fiesta de la Lira en 1921

Señores:

NO se hablar con frases de academia porque, reacción a las disciplinas literarias, las regulaciones dogmáticas y las fórmulas fueron debeladas ya por el pragmatismo en la complejidad de mi espíritu; y, mientras hay quienes se debaten en la revuelta de los docentismos, yo no leo más libro que la Naturaleza, ni escribo más páginas que la de la Vida.... Ni qué academismo o saber caben en lo que debo decir, si aquí traigo misión de heraldo? «*Páginas literarias*» quiso que levantase la voz, proclamando al poeta mantenedor de la Fiesta de la Lira; y yo, que un día de cualquier avatar cumplí gallardamente con mi oficio de rey de armas, he aquí que le anuncio a los cuatro puntos cardinales y a los cuatro vientos del espíritu....

Ya callaban las voces de la gesta. La epopeya, huera ante el misticismo que alquitaraban los monjes en

el silencio de las abadías, paganamente se tornaba a la virginidad del bosque; los corceles y los carcaños herrados de la conquista servían para la elegancia de las justas y para la gentileza de los torneos; los guerreros, padres de las lanzas, de las rodelas, de las adargas, degeneraban en el señor feudal; y el castillo roquero levantaba la extrañeza de su arquitectura y el prestigio de su leyenda sobre los horizontes de la cristiandad. Entonces, caballeros en el alma de los romances, llegaron el Amor y la Mujer, para cruzar —así caballeros— toda esa «edad enorme y delicada» que lloró Verlaine con no sé qué dejo de druida. Un inaudito asomo de sentimiento resplandeció en la psicología humana, al amparo del Cristianismo, la religión de la suavidad y de los cantos mansos; hasta que, sentida la fatiga de las trompetas, empezó el reinado de los laudes aquel día en que los siete trovadores tenzonaron por primera vez bajo el cielo de Tolosa. El aroma de los «Jóchs florals» embriagó la agonía de la gesta; «Mi Dios, mi Rey y mi Dama» fué la empresa de los escudos y la leyenda del monumento fúnebre en que yació la epopeya; y en los Mayos del Medioevo las flores naturales de Provenza y de la Marca Cataláunica se enamoraron de los poetas con cariño de mujeres... Edad de la Mujer y del Amor, ciertamente, aquella edad. Sobre la sala de armas se alzaré la torre del homenaje para las pleiteías galantes, las lizas verán la cristianía del juicio de Dios por las acusadas que tienen psalón; en las encrucijadas de los caminos, o en los patios de los mesones, se matarán los caballeros, porque uno sostuvo que no hay dama como la suya y otro lo negó; y morirán de amor y de tristeza las castellanas por el peregrino que, con la esclavina enconchada y el bordón ritual, llegó de Tierra Santa o por el trovero y el trovador venidos de comarcas lueñes y que contaron su historia, una noche del castillo, cantándola en las cuerdas.... Pero, sobre todo, aquella edad, la edad de los «puys» y de las «cortes de amor»; es decir, de los certámenes galanos que fueron poemas de pasión y de claustro en el alma de Clemencia Isaura y de las demás mujeres, y cancione-

ro de flor natural, de englantina y violeta de oro en el alma de Ausias March y de los demás caballeros sonoros; es decir, el arte de trovar los gay sabidores y los maestros de la gaya ciencia en ese ciclo apologético de los laúdes, que a mí se me antojan precursores de los violines, como son precursores nuestros el trovero y el trovador....

Mezcla de festejo latino con festejo provenzal, nació en Cuenca la Fiesta de la Lira: en Cuenta, tierra —madre de los capulíes y de los poetas criollistas... Al imperativo categórico de la belleza nosotros la hemos recibido, como los felibres del felibrige de Mistral, resolviéndolo en canto paisano y colectivo; y el propio minuto de emersión en que unos salen de la sombra de otros, el mismo instante en que se deslindan claridades, inventamos el festival autóctono, nos sometemos a la liturgia indiosincrásica y pontificamos nuestro rito. Para semejante actitud debiera crearse una palabra: estamos en pleno *idiosimbolismo* cada vez que nos juntamos para tenzonar en la Fiesta de la Lira... Alfonso Moreno Mora soñó con ella un día; otro día se lo contamos a los viejos gloriosos; y, en el último de los mayos idos, buscamos, tal como si fuésemos pueblo patriarcal, la presidencia de nuestros mayores, la solemnidad de los árboles nativos, el testimonio del río patrio, la complicidad del cielo aborigen, y nos disputamos el laurel que acá, tal vez, trajeron los conquistadores castellanos y la violeta hecha del oro que, en las entrañas de su tierra, nos dejaron los cañaris....

Hoy es la segunda Fiesta de la Lira y hay bondad en hablar de patrimonializarla, para elegir en bien hereditario este bien que hemos adquirido libremente y que brotó de nosotros con la naturalidad con que brotan las rosas de los rosales y las aguas de los veneros... A base de vigor natural y de contemplación ecuménica, a base de verso suave, sin epilepsias métricas ni malabarismos ideológicos, acabará de formarse la escuela cuencana; y tan imperativo me parece el medio

circundante que, si él es salvaje todavía, hasta podemos salvajizar el Arte y la Lira para ser nosotros. Seamos sacerdotes según el orden de nuestro paisaje y de nuestra alma; y, en acabando de vivir y de cantar, Dios nos haga flores de árboles que no nacen sino aquí.... De los festivales de la Lira han de salir la victoria de la escuela cuencana y el honor de los poetas nacionales que vendrán; y digo que bien se ha hecho con dar la flor natural a los cantores del terruño y la violeta de oro a los cantores del alma, porque —yo mismo lo sentí en la arcaica dulzura de mi romance—:

*hay olmas hechas de nativo trigo,
como las hostias de la iglesia aldeana....*

Patrimonializada y perpetuada esta ritualidad tan nuestra, los que lleguen al vivir tras de nosotros, nos bendecirán con la añoranza y aceptarán el ejemplo. Y, si lo coetáneo les obliga a modificar las rúbricas y los cánones que les leguemos, pensarán que —como buenos caminantes— arrojamos nuestra piedra a los carines y pasamos, nada más. Pero nosotros habremos señalado el sitio del carín eterno en los senderos del arte criollo y de la vida nuestra....

Y puede, también, que un historiador de entonces se acuerde de mí, que proclamo a don Honorato Vázquez Mantenedor de la Fiesta que tendrá la Lira en el mayo por venir, y que veremos, si no estamos ausentes y si nos presta Dios la vida, como dicen en las aldeas.... A don Honorato Vázquez el trovador más dulce, el asceta más hondo de esta tierra sonora, fracaso de monje contemplativo que se quedó en el mundo con todo el misticismo y la belleza a cuestas. El ha traducido en bondad de verso y de vida su misión; él ha rezado en el verso y en la vida; él ha cantado los Sábados de Mayo; él mantendrá la Fiesta de la Lira.... Acaso no fueron a María Santísima las canciones de los primeros Juegos Florales? Acaso del marianismo implantado aquí por los más grandiosos de nuestros poetas no

sur gió nuestro modo y manera . . . ? Cuando don Honorato Vázquez llame a su Reino, el Señor Jesucristo le pondrá en tierras celestes parecidas a ésta de los capulles y de los poetas criollistas, porque verdaderamente ha sido sacerdote magno según el orden de nuestro paisaje y de nuestra alma. Y el Señor Jesucristo le dirá: Bendito de mi Padre, ven, porque son eternamente bienaventurados los poetas que cantaron la Fe, el Amor y la Patria, como lo mandan Dios, la Mujer y la Tierra Nativa . . .

Remigio Romero y Cordero.

La Crónica de la Fiesta

AQUI termina la reproducción de las piezas literarias que, de manera oficial, se presentaron en la Segunda Fiesta de la Lira.

Para la cabal historia de ella, conviene insertar también la reseña que del acto hizo un distinguido escritor y poeta; reseña que se la toma del diario «EL PROGRESO», de esta ciudad, en su edición del sábado 5 de Junio de 1920.

Allí se mencionan detalles muy sugestivos por la espontaneidad que acusaban, cuando en ambiente cordial, que diríase casi familiar, los maestros aprovechaban del certamen para ofrecer una lección más, mientras los jóvenes en camino ya al triunfo leían versos y demostraban ser dignos de la honrosa tradición de Letras que Cuenca conserva con esplendor.

La Segunda Fiesta de la Lira

EL solemne y majestuoso tañido de la gran campana de nuestra Señora del Rosario, dilatábase aún, sacudiendo los aires hasta las montañas que rodean la ciudad de Santa Ana de los Ríos, cuando la gallarda juventud de Cuenca que, horas antes, había celebrado la tradicional fiesta universitaria del último sábado de Mayo y cubierto de flores la peaña de la Reina de la Sabiduría, volvió a darse cita en el Parque «Vázquez» desde donde, en junta de lo más valioso de nuestra sociedad, del señor Gobernador de la Provincia y de meritorios representantes del Ejército, dirigióse, en numerosos automóviles, a las hermosas vegas del Occidente de la ciudad, en una de las cuales debían congregarse todos los que aquí rinden homenaje de amor a la excelsa Poesía.

Los límites impuestos a esta crónica, obligannos a reprimir los vuelos de la fantasía y los ímpetus de la emoción, para narrar la Fiesta de la Lira en 1920. Baste saber que el Mantenedor de ella en el presente año, fué don Rafael María Arízaga —uno de esos hombres superiores que sólo hacen lo óptimo—, para que desde luego, el lector se prevenga a encontrar descolorido nuestro relato.

Más de cien invitados encamináronse con rumbo a la bella Quinta del doctor Arízaga, designada para el poético festival de los trovadores cuencanos. Y a fe que no pudo haberse elegido para ello sitio mejor que la pintoresca heredad del noble patricio y alto poeta, don Rafael María Arízaga. Allí, las rústicas escalinatas floridas, el esmalte de la grama, el lucir de las corolas, los contrastes de nieve y púrpura, las piedras bordadas de musgo, el esmeraldino penacho de los helechos que hondean al viento, las lianas indiscretas que obligan a las flores a besarse eternamente... Y bajo las soberbias frondas de gomeros, capulíes y sauces, sobre artístico respaldo de mirto y huabsay, medio envuelta en el sagrado iris patrio, destacábase la Lira, emblema, más que del Arte, del corazón cuencano. Junto a los troncos de los centenarios árboles, tomaron asiento Arízaga, Crespo Toral y Vázquez. Una como atmósfera de gloria difundieron por el arbolado los resplandores de aquellas frentes ceñidas ya por el laurel de los inmortales....

Habla Vázquez: lee el *Acta de bautizo* de la Fiesta de la Lira, escrita por él el año anterior, en *caboso román*, cual antaño se *pudiere hablar*. Al acallarse los aplausos arrancados a la entusiasta muchedumbre por la originalísima producción de Vázquez, yérguese la gallarda figura de Arízaga. Reina profundo silencio; sólo arrulla a lo lejos *el agua fabladora del Tomebamba que sob salces plora*. La solemne y armoniosa palabra del orador insuperable, avasalla al delirante concurso, mientras hace el recuento de los poetas azuayos, de todo un patriarcado de genios; aplaude al lírico triunfador en el Certámen, y demanda a la gratitud de Cuenca que, en el mármol o el bronce, consagre al culto de las generaciones venideras, la veneranda imagen de Miguel Moreno, el dulce poeta de los «Sábados de Mayo» y el «Libro del Corazón». Una tempestad de hurras y aplausos surge del auditorio, consciente de la valía de tan magistral discurso, y el príncipe de la elocuencia ecuatoriana añade un lauro más a su corona inmarcescible.

Después de leído el Veredicto del Jurado Calificador de las poesías enviadas al Concurso, preséntase el triunfador, pálido de sentirse glorioso, como diría Rubén Darío; palpitante de emoción, con la mirada luminosa, como si la luz del cerebro se escapase a torrentes por sus glaucas pupilas... Ha vencido dos veces en un solo torneo: en cada mano ostenta una palma.... ¡Viva Remigio Tamariz!—es el grito ingenuo y ardiente que se escapa de los labios de todos, a la vista del poeta vencedor.

Con la simbólica presea de la Flor de laurel al pecho, colocada por el ilustre Dr. Arízaga, recita Tamariz Crespo, con aristocrática gallardía, su inmortal poema. Si el *Solitario* no fuese pájaro hurraño y triste, enemigo del bullicio y de la luz, hubiérase venido a posar en algún gomero próximo, para oír al poeta que le trova así:

¿Es tu canto, de la América sojuzgada la elegía?
¡Solitario, en tus gemidos de ternura honda y humana,
que entristecen el silencio de la yerma serranía,
hay la cruel melancolía
con que llora la doliente raza indiana!

¡Solitario, siempre triste, siempre a solas,
en las piedras de la pampa y en la paz de los oteros,
das al viento del eriazo tus gemidos,
único himno que se eleva de las huacas y las tolas,
donde duermen los esclavos, los vencidos!....

Y le consagra el amor de la mísera estirpe del Inca, al simbolizar en la *flor alada de los páramos* el dolor del cautiverio y la ignominia de la raza vencida:

Ave heráldica del indio, ¿simbolizas la tristeza
de la Raza que en la tumba se ocultó con su tesoro,
y que hoy vierte amargo lloro
sobre el yugo de los siervos, de sus glorias en la huesa?....
Flor alada de las ruinas, treno vivo de la sierra,

soy tu hermano!

¡En mis versos gime el alma dolorida de mi tierra;
y en tus himnos, las nostalgias del desierto americano! . . .

El *Solitario* y Tamariz son, en verdad, hermanos, no tanto por la pena, cuanto por el ímpetu del vuelo. Alados ambos; el uno viaja al escueto peñascal del páramo; y el otro, desde los pensiles de nuestra Arcadia, a las cumbres de la gloria . . .

De corazón felicitamos al inspiradísimo autor de tan sentido canto nacional; al poeta a quien augurámosle que un día «le deshojará un racimo de luceros la tarde»

De acuerdo con el Programa, escuchóse después una bella sinfonía ejecutada por la magnífica Filarmónica Avila, cuyas notas fingían en las almas un vuelo de dolientes ruiseñores. . . .

Acto continuo, declamó el mismo doctor Tamariz Crespo su poesía ¡Resignación! justamente conquistadora de la Violeta de oro. Si el lector nos permite una familiar confidencia, le diremos que, a pesar de las muchas bellezas de esa notable composición —flor de Antología, al decir de Crespo Toral—, son pocas las estrofas que de ella recordamos, por habérnoslo impedido el *Solitario* que se quedó aleteando persistentemente en nuestra fantasía. Sin embargo, he aquí algunas de sus cabales estancias:

Mártires de la Gloria, el Cielo quiso
que alfombrasen espinas punzadoras
el sendero de todo paraíso.
Si queréis lo que halaga y no fatiga,
no seáis como el oro,
que cuanto más el hierro le castiga,
es émulo del sol, y es más sonoro.

No seáis cual la piedra codiciada

que es, del olvido en el imperio, oscura,
y con su mismo polvo facetada,
como la estrella matinal fulgura....

¡Sed cual todo lo inerte
y rastrero y opaco, que intimida
a lo radiante, a lo fecundo y fuerte,
y cuya vida es perdurable muerte,
porque no cambia en floración la vida!....

¡Siempre la cruz fué enseña victoriosa
del genio; y el martirio es la penumbra
en que el sol del espíritu destella,
como la espina es cetro de la rosa
y la noche el imperio de la estrella!

Luego entre aplausos, se anunció el discurso del simpático y genial poeta y escritor don Remigio Romero y Cordero, a quien «Páginas Literarias» habíale conetituido su heraldo para la proclamación de don Honorato Vázquez como Mantenedor de la Fiesta en el próximo año. El delicadísimo autor de «Egloga Triste», mercedamente laureado con la Violeta de oro en el certamen anterior, cumplió muy bien con su alto cometido, haciendo original apología del genio y las virtudes del insigne Vázquez, en oración de apaciguados ritmos y con las suaves unciones de su voz confidente y persuasiva.

El maestro elogiado conmovióse profundamente, y a sus ojos nostálgicos se asomó su espíritu en furtiva y conmovedora lágrima....

¡Bello triunfo el de Romero y Cordero, de quien tanto esperan la juventud y las letras cuencanas!

Vino después la recitación de *Violines fúnebres*, poesía armoniosa y de rara factura, debida al estro de Carlos Aguilar Vázquez, joven trovador de indiscutible valimiento, cuyas obras le recomiendan al aplauso de la

Como si en medio de una bandada de arrulladoras, niveas palomas, se presentara súbitamente cuitada torcaz de la serranía triste, vino el canto sentido y elegíaco de Dn. Gonzalo Cordero Dávila, en cuya lira será inmortal la Flor de Laurel, que alcanzara con *Tragedias Ignoradas*. El selecto cantor de los melancólicos paisajes serraniegos, que acendra en la artística copa de sus sonetos el jugo del dolor y de las tristezas aldeanas, rompió en acentos de íntima amargura ante la recién cegada tumba de Eufemia Palacios, flor de virtud y de belleza, robada al ensueño por la codicia de la Muerte. Bien pudiéramos decir que el canto de Cordero Dávila prendió luctuoso y sedño tul en el florido rosal de la Fiesta, y que su dolorida musa nos recordó elocuentemente que todo es vanidad de vanidades...

Para dar fin a los números literarios del programa, presentóse en la improvisada tribuna el eminente literato Dn. Octavio Cordero Palacios, genuino representante de la clásica antigüedad en el certamen de los nuevos poetas y escritores azuayos. Antes de dar comienzo a su admirable pieza literaria, dijo, gentilmente, que él también sentíase triunfador, por que su discípulo Tamariz Crespo había obtenido los galardones en la justa poética; y que él (Cordero Palacios) le había estimulado en su iniciación literaria y corregido sus primeros versos. Tamariz Crespo, en bella improvisación, con frases llenas de sinceridad, encomió los relevantes méritos de su eximio maestro y agradecióle galana y cordialmente. Ese como *balance de finezas*, que diría Dn. Luis Cordero, terminó con efusivo abrazo entre el maestro y el discípulo.

Luego aquél deleitó y asombró al público, con su inmejorable traducción en hexámetros castellanos de la famosa «Epístola de Horacio a los Pisones»—código inmortal de los preceptos esenciales a que deben sujetarse las obras literarias que aspiran a los halagos de

la fama. El distinguido concurso escuchó absorto tan magnífico trabajo, encareciendo su oportunidad, hoy, que las rebeldías del *snobismo* artístico amenazan producir en la república de las letras la confusión de las lenguas ...

No han muerto, no pueden morir las flores de la literatura greco latina; ellas constituyen el más preciado tesoro del Arte en todos los tiempos. Sobre las figulinas de oropel, y «los gigantes de cartón» que consagran las veleidades de la moda, se han de erguir, siempre imponentes y dominadoras, las egregias figuras de Homero y Píndaro, de Horacio y Virgilio....

¡Bien por el Dr. Cordero Palacios y por la joya de Academia con que ha enriquecido el tesoro de nuestro Parnaso; joya que será justicieramente avalorada en los mejores centros de cultura, ibero—americanos!

Incompleta habría sido la hermosísima fiesta que reseñamos, sin el valioso concurso de la «Filarmónica Avila» en la que se han juntado fraternamente muchos artistas de positivo mérito, los que contribuyeron, con selectas piezas musicales, al éxito feliz de tan hermoso concierto de inteligencias y corazones, de lirias y laúdes. Conste nuestro especial voto de aplauso para el modesto e inspirado Director de la Filarmónica: Dn. Eloy Avila, verdadero artista, que se precia de ser hermano de los trovadores, y a cuya gloria consagra fervoroso culto. Le falta la luz en los ojos de la carne, pero tiene siempre abiertos y luminosos, para admirar la hermosura y la armonía, los ojos sin párpados del alma, que diría D'Annunzio.

¡Y qué derroche de gentileza y cortesanía el de que hicieron gala los notables jóvenes que se encargaron de agasajar al concurso! Haremos particular mención de los SS. Miguel A. Moreno, Vicente Tamariz Toral, Cornelio Crespo Vega, Rafael Florencio, Alejandro y Enrique Arizaga Toral.

La Fiesta tuvo imprevistos y emocionantes números de conclusión: el general entusiasmo por llevar a cima el proyecto del Dr. Arízaga, relativo a honrar justicieramente la memoria del gran Miguel Moreno, entusiasmo que dió por resultado la formación del Comité que debe realizar tal homenaje, y la colecta de buena suma de dinero para dar comienzo a su ejecución.

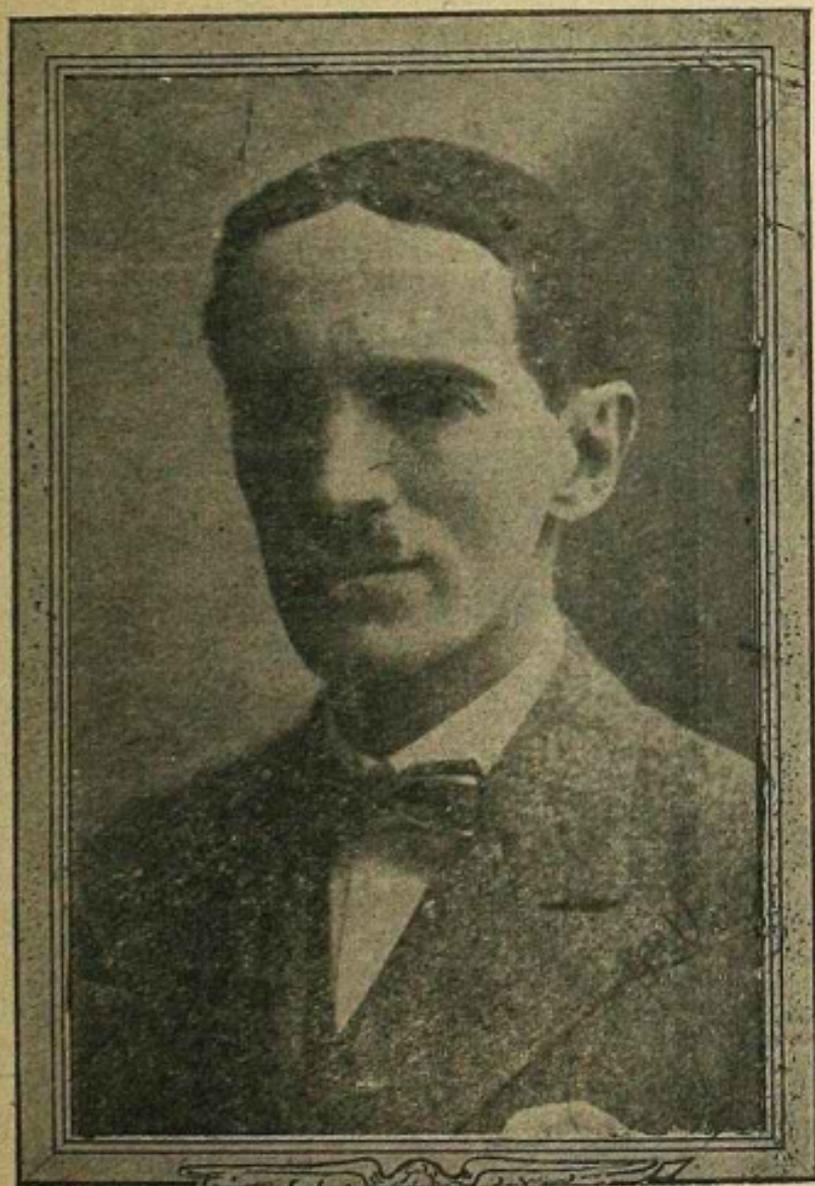
Luego, por insinuación del Dr. Arízaga, acordóse que el poeta laureado sembrase un laurel en el jardín donde acababa de celebrarse la Fiesta de la Lira. Un numeroso grupo de concurrentes presidido por los dioses mayores del Parnaso del Azuay, se dirigió al sitio elegido para el efecto. Todos esperaban que el Dr. Tamariz Crespo realizase tan significativa y honrosísima ceremonia; mas, él, en espontánea y vibrante improvisación, pidió al Dr. Crespo Toral que plantase la rama del árbol simbólico, «porque, dijo, delante de Crespo Toral nadie puede tener en la diestra un laurel, sin rendirlo a sus plantas en homenaje de admiración al genio». Y añadió: que al Dr. Crespo Toral le correspondía, por derecho propio, sembrar el árbol de la gloria en esa tierra consagrada por el recuerdo de Miguel Moreno y por el prestigio del insigne repúblico Dn. Rafael María Arízaga. El Dr. Crespo Toral contestó en términos elocuentes y conmovedores, que arrancaron lágrimas al digno primogénito del poeta del *Libro del Corazón*.

Después el retorno, a la ciudad arrebujaada en los áureos velos del crepúsculo; el delirante entusiasmo juvenil que aclamaba a maestros y amigos; los ruidosos gritos universitarios en que se traducía el alborozo de las almas nuevas y el noble sentimiento que las embargaba. Alegría, cordialidad, generosa expansión del espíritu, fraternidad en el Arte y por el Arte, fueron las notas características de esa como égloga virgiliana, en que los cultos hijos de Cuenca sustrajéronse por breves horas, a la hostil realidad de la vida, para remontarse,

en un vuelo del alma, a las regiones de luz en que presiden la Hermosura, la Armonía y el Ideal.

Concluiremos esta pálida crónica, tributando el más caluroso voto de aplauso a los beneméritos Redactores de «Páginas Literarias», particularmente a los aplaudidos poetas y literatos Alfonso y Manuel Moreno Mora, a cuya feliz iniciativa se debe la instauración de tan simpática Fiesta, llamada a imitar, en lo porvenir, los célebres *Juegos Florales* de España y las *Fiestas Latinas* de Provenza.

Cronista ocasional.



ALFONSO MALO RODRIGUEZ.
MANTENEDOR DE LA FIESTA DE LA LIRA EN 1947.

PRESENTACION

y Discursos del Mantenedor
de la Fiesta de la Lira
en 1947

Presentación

que, en la Fiesta de la Lira de 1946,
hizo el Sr. Dr. Manuel M. Ortiz del
nuevo Mantenedor en el año
de 1947

Señores:

DESIGNADO por el Consistorio de la Fiesta de la Lira, para hacer la presentación ritual del que debe mantenerla en el año próximo venidero, hállo-me, ante vosotros, embargado por los más opuestos sentimientos. ¿Habré de levantar mi profana voz para perturbar este eglógico recinto, ante un auditorio tan sobresaliente por la prestancia social, la docta sapiencia y el prestigio literario? Consideraciones son estas que, en verdad, me amedrentan y confunden. Mas, por otra parte, la idea de que voy a evocar felices tiempos idos para siempre, con el recuerdo del compañerismo literario de los años juveniles, que me traiga a la mente el nombre de un amigo dilecto, el de uno de los mejores que los represente a todos; esto no me desconcierta ni me intimida, sino que me entusiasma.

Pues bien, así definida la misión que debo cumplir, declaro que me es grato sobremanera hacer la presentación del insigne literato e inspirado poeta Sr. Dr. Dn. Alfonso Malo Rodríguez, para Mantenedor de la Fiesta de la Lira en el próximo año de 1947. Pero antes hagamos algo de historia.

En la ciudad de Cuenca de Santa Ana de los Ríos, quizá no haya existido agrupación literaria de mayor renombre que la del «Liceo de la Juventud del Azuay». Fundado por el gran patricio e insigne polígrafo señor doctor don Luis Cordero allá por el año de 1873, congregó en su seno lo más granado de la juventud de aquellos tiempos, la cual, bajo la dirección de tan sabio maestro, esperaba conocer las normas del buen gusto y del bien decir, que encauzaran la castállica corriente de su juvenil emotividad.

Era Cuenca a la sazón como un castillo medioeval de muy difícil acceso; la cercaban fosos y abismos y carecía de puente levadizo. No existía ya ni siquiera el camino real del Incario; sí tan sólo algunos arañazos en la abrupta cordillera andina, que trazara el castellano aventurero que iba en pos del oro; pero senderos casi borrados por la intemperie y la desidia de los gobiernos, por los que transitaba el único cuadrúpedo que nos ponía en relación con el mundo: la discolá mula de progenie de orejudos, pero famosa desde los fastos de Belén.

Hertz no descubría aún sus prodigiosas hondas que habían de circunvalar la tierra, ni los hermanos Wright, que conquistaron el reino de las águilas, nacían aún. Los rayos cósmicos, con su indudable influencia psíquica, eran acaso los únicos que hacían vibrar, sin interferencias de ondas de artificio, la virginal inspiración de nuestros bardos y artistas, dueños de un rico mundo interior, pero circunscrito por una muralla china.

Esto, como es fácil de colegir, producía un desequi-

libro ambiental que daba origen a ciertas anomalías. El egocentrismo, el primitivismo emocional y los defectos de todo pueblo aislado, que nos enrostrara el ingrato de Caldas, aparecían de vez en cuando en la hoja suelta, en el periódico, en la revista literaria o en el folleto. Pero bien miradas las cosas ¿no es el dinamismo de tal desequilibrio el que engendra a los genios? ¿Qué sería del mundo si todo se encontrase estático y en su puesto; si todo fuese igual y nadie intentase sobresalir sobre los demás?

Floración de esos tiempos, el «Liceo de la Juventud del Azuay» fué un semillero de personajes ilustres y geniales, cuya gloriosa fama, dilatándose más allá de las fronteras de la patria chica, conquistó para la ciudad de Cuenca el excelso calificativo de «Atenas del Ecuador».

Formaron filas en el Liceo, ya como socios honorarios, ya como efectivos: Remigio Estóves de Toral, Antonio Borrero Cortázar, Mariano Cueva, Francisco J. Moscoso, Luis Cordero, Julio Matovelle, Federico Proaño, Honorato Vázquez, Miguel Aguirre, Miguel Moreno, Manuel Ortiz Villagómez, Ezequiel Márquez, Rafael María Arízaga, Cornelio Crespo Toral, Alberto Muñoz Vernaza, Remigio Crespo Toral, José Peralta, Manuel Nicolás Arízaga, Santiago Carrasco, Jesús Arriaga, Alfonso Malo Tamariz y otros muchos que sería largo enumerar. De propósito, al fin de esta recordación de nombres egregios se ha colocado el del doctor Alfonso Malo Tamariz, para que lo subraye el distinguido auditorio.

La ascendente curva del entusiasmo juvenil de los socios hubo de descender al fin —fenómeno característico de nuestro tropicalismo— y los miembros del Liceo se dispersaron por los cuatro puntos cardinales; pero encontrábanse ya de armados caballeros, con el escudo de diamante y el espolín de oro, y continuaron aun lejos del suelo nativo dándole lustre a través del espacio y

del tiempo. Hoy no existen ya; pero los luminares de primera magnitud prosiguen y proseguirán iluminando con inexhausta luz a las nacientes generaciones, las que algún día habrán de manifestar su admiración por ellos con el bronce o con el mármol.

Casi un cuarto de siglo después renació el «Liceo de la Juventud del Azuay», bajo la presidencia del malogrado hombre de letras Miguel Cordero Dávila, y por insinuación de su primitivo fundador, el egregio Meceñas del Azuay doctor Luis Cordero Anciano ya, pero lleno de energía, tomó a su cargo la dirección más que honoraria efectiva del nuevo Liceo; brindándole los salones de su mansión señorial, para la celebración de las sesiones, y la imprenta de su propiedad, para la publicación de una revista literaria.

Los socios fundadores del nuevo Liceo, entre los que tuve la honra de contarme, cuyos nombres me vienen a la memoria, fueron los siguientes: Miguel Cordero Dávila, Alfonso Malo Rodríguez, Alfonso Andrade Chiriboga, Francisco Martínez Astudillo, Juan Iníiguez Vintimilla, Manuel María Borrero, Emiliano Crespo Astudillo, Miguel Heredia Crespo, Nicanor Merchán, Alfonso María Mora, Leonardo Carvajal, José María Escudero, Pío Bravo Malo, Alfonso Peña Jaramillo, Gonzalo Cordero Dávila, Agustín Cuesta Vintimilla, Paulino Jaramillo Toral y otros muchos.

Por su inquietud espiritual, distinguíase entre todos un gallardo adolescente: Alfonso Malo Rodríguez, nieto del gran Benigno Malo e hijo del doctor Alfonso Malo Tamariz, socio fundador del primer Liceo, y de la señora doña Angela Rodríguez, distinguida poetisa cuencana que acostumbraba escribir con el seudónimo de «Angélica». Así lo afirma un distinguido escritor, cuando dice: «El seudónimo de «Angélica» correspondía a la bella y espiritual poetisa Angela Rodríguez, modelo de culturización intelectual por aquella época». Y el Presidente del Liceo, juzgando a la poetisa, escribe: «Ja-

más habíamos dudado que el cielo que tan pródigo ha sido en cubrir de galas al Azuay, no hubiera querido darnos una tan preciosa, dotando de talento y genio a sus bellas hijas».

Alfonso Malo Rodríguez, vástago de tan esclarecidos áttavos, debía surgir lleno de vigor y lozanía, para entregar a las brisas, tomebambinas el aroma de su florescencia y los más sazonados frutos a las aves del cielo.

En las composiciones literarias del joven poeta campeaban el buen gusto, el estilo clásico y atildado y el fondo medular. «La Revista Cuencana», como otras del país, se engalanaban con sus producciones, y en las solemnes veladas literario—musicales del Liceo una distinguidísima concurrencia solía premiarle con fervientes aplausos.

Notables discursos ha pronunciado en ocasiones solemnes y en representación de altas entidades políticas y sociales, y sería largo enumerar los artículos literarios y las inspiradas poesías que ha producido su número. Citaré solamente las siguientes: Luciérnagas, Ella, El Ángel del Dolor, Como vino, Lo que te ofrezco, La Leyenda del Cisne. Composición esta última que mereció los elogios de Remigio Crespo Toral y pertenece a ese género de poesías que no es dable leerlas sólo mentalmente, porque los labios se mueven de manera involuntaria, para regalar al oído con la musicalidad de las estancias en íntima conexión con la idea poética. He aquí las dos primeras estrofas:

Despertaban del mundo las auroras,
surgía en apoteosis la Belleza,
y el orbe, de las manos creadoras
conservaba el efluvio y la grandeza.

Era el agua, diamante que fulgura;
la selva virgen, ánfora de aromas;

la pradera, esmeralda de verdura,
y un himno, los turpiales y palomas.

Como complemento necesario para esbozar la figura de Malo Rodríguez, consignaré que pertenecía también a la Filarmónica del Liceo, y le placía acariciar el cordaje de una guitarra española, en tanto que hacía vibrar su magnífica voz de tenor. Sirvanme de testigos la Luna y las Estrellas que, en las rúas de la ciudad, a la sazón carentes de luz y llenas de embrujo, le vieron deambular en rondas galantes, con música y letra de su propio puño...

Como hijo auténtico de Morlaquía, concurrió a las aulas universitarias y llegó a doctorarse con éxito sobresaliente.

Después, el doctor Malo ha tenido lucida actuación no solamente en el campo literario, sino también en el social, el intelectual y el político. El ha sido, además de Vicepresidente del «Liceo de la Juventud del Azuay», Profesor de Ciencias Naturales, de Literatura y de Francés en el Colegio Benigno Malo, Profesor de Fisiología en la Universidad del Azuay, Rector del Colegio Benigno Malo, Rector del Colegio Juan Bautista Vázquez, Diputado al Congreso Nacional en cuatro Legislaturas, Presidente del Concejo Municipal, Jefe Político, Presidente del Comité de la Juventud para la coronación de Remigio Crespo Toral, Representante de la Universidad del Azuay en el Comité «Miguel Moreno», Representante de las Cámaras Legislativas en las fiestas del Centenario Azuayo, Organizador de la Asamblea de Literatos para celebrar el nacimiento de Luis Cordero, Vocal del Centro de Estudios Históricos y Geográficos en Cuenca, Presidente del Cuenca Tennis Club, &. &.

Toda una brillante hoja de servicios, como para envanecer a cualquiera que no fuese el doctor Malo, que seguramente la pospondría a uno cualquiera de esos magistrales sonetos, que ven la luz pública cada vez que

la ciudadanía ha menester de una voz autorizada, que sepa interpretar sus más nobles sentimientos; sonetos como burilados en bronce, que en admirable síntesis encierran toda la complejidad de una vida ejemplar, heroica o santa. Sea esta la oportunidad para impetrarle que los colecciona y engalane con ellos las páginas de un libro, cuya publicación sería justo motivo de orgullo para las letras azuayas.

Y termino, señores, haciendo votos porque la Fiesta de la Lira, máxima expresión de la inquietud espiritual que alienta en Morlaquía, congregue en el año próximo venidero un concurso tan brillante como el actual: suma de esplendor señorial, de ática intelectualidad y de venusta hermosura, bajo los auspicios del insigne poeta y literato: ALFONSO MALO RODRIGUEZ.

Manuel M. Ortiz.

Cuenca, 1946.

Palabras de agradecimiento

SEÑOR Presidente y Vocales del Consistorio; Señores Representantes de Instituciones Culturales; Señores Dignatarios de los Poderes Públicos; Señoras; Caballeros:

Hablo con el corazón henchido de fervorosas emociones; de arrancarlo del pecho, podría advertirse en él un claro pentagrama listo a desgranarse en sinfonías; de medir su calor vital, pensárase que le impulsa secreto motor y sintiérase el que suscita el reventar de los capullos en el milagro de la floración; de percibirse su acelerado ritmo, se dijera que una corriente de linfas nuevas acrecienta su caudal hasta desbordarlo. Este cálido sentido de bienestar, esta sana euforia que alienta y tonifica, tiene raíz profunda en la esencia de mi ser, al imperativo de virtud psicológica que todo lo ennoblece: el reconocimiento.

No había presumido que este sitio de altura de Mantenedor de la Fiesta de la Lira, ocupado ayer por la ecuménica figura de Crespo Toral; la castiza y académica pluma de Honorato Vázquez; la majestad tribunicia de Rafael María Arízaga; la gallarda apostura de Alberto Muñoz Vernaza; el vibrar lírico y apasionado de Juan María Cuesta; la capacidad mental de Octavio Cordero Pala-

cios; la unciosa y delicada elocuencia de Nicanor Aguilar; la catarata sinfónica del verbo de Luis Cordero Dávila, y los estros eglógicos y doloridos de Alfonso Moreno Mora, Gonzalo Cordero Dávila y José Rafael Burbano, para no citar mas que a los [idos, no había supuesto repito, pudiese ser ocupado por mí, que si bien fervoroso admirador de la belleza, he contribuido a acrecentarla con escaso acervo, sin comunicarle el lustre que le brindan los predestinados del arte. Tal deferencia de parte del Consistorio de esta gaya Fiesta, obliga impeccedera gratitud.

Esta noble y buena tierra de Don Gil, gema de esmeralda convertida en valle al desprenderse de la nevada y enhiesta garganta de la cordillera; aislada geográficamente de las rutas del mar y lejanos centros de progreso por intransitables sendas de escalofriantes abismos e insospechados tremedales; ciudad que en veinte lustros de fatigosa espera no dispone de vías ni paralelas de hierro, que merced a la conquista del espacio va siéndole posible emular a las águilas de los riscos cordilleranos para suprimir distancias con ágiles remos de acero y aluminio; esta meditadora Villa acuarelada por la naturaleza, de virgilianos paisajes, cintas de licuado cristal, perpetuidad de primavera y eglógica quietud, fueron sin duda causa para que se ungiere el espíritu de sus hijos, con el óleo divino de la inspiración.

Si bien la Ciudad Luz de América, la Perla del Pacífico, la Princesa del Tungurahua y la Sultana del Chimborazo, se enorgullecen de ser las patrias del Precursor de la Independencia y el Prelado sabio y de haber mecido las cunas del Cantor épico de América, el cervantino Cosmopolita y el Geógrafo eminente, este rincón de Arcadia mira también fulgir en su cielo intelectual astros de soberana magnitud con Solano, Malo y Cueva en el siglo XIX, y la gloriosa falanje del antiguo Liceo de la Juventud, en las postrimerías de ese siglo y los albores del actual.

Advienen luego a la sombra de un apóstol de la cultura azuaya, Nicanor Aguilar, y de un fervoroso paladín de las cruzadas del gay decir, Miguel Cordero Dávila, el Círculo Católico y el nuevo Liceo de la Juventud, Cenáculos a los que me honré pertenecer y de los cuales emergieron positivos valores, que aún continúan prestando justo renombre a las cuencanas letras.

Sin formar parte de esos centros de misión artística y compañerismo cordial, descuellan altísimas cumbres de Parnaso, entre las que cumple citar, como magnífico portaestandarte, al inspirado poeta de nuevos rumbos: Remigio Romero y Cordero. Así, pues, esta apacible y quieta Villa, mediterránea y estudiosa, fulge en ingenios, mereciendo se le concedan los delicados y honorosos títulos de Ciudad de la Paz y Atenas del Ecuador.

El benévolo y noble amigo, Doctor Manuel Ortiz, designado por el Consistorio para hacer la presentación ritual del nuevo Mantenedor en el año por venir, luego de relieves con criterio de entrañable compañerismo mi producción literaria, no omite, en arranque de gentileza, exaltarme con el recuento de los predecesores, entre los que destaca la personalidad de Don Benigno Malo, la de mi virtuoso padre, Miembro fundador del primer Liceo de la Juventud, y el inefable de la madre mía, de cuyas caricias me privó la aspereza del destino en los albores del vivir, o sea cuando más necesita el capullo de las savias de la ternura, que dan sólo las madres.

Raro fue por aquella lejana época, que el bello sexo hiciese inquilinato en las moradas de la poesía; vibran sin embargo en las páginas de «La Luciernaga» una de las primeras Revistas literarias del Azuay, los tímidos gorjeos de alondras mañaneras que saludan en la aurora de los Mayos a la célica inspiradora de sus cánticos, la Virgen Inmaculada Velado, casi siempre, con el cendal del seudónimo, exaltan su fervor, en es-

trofas de adorable ingenuidad, y con la misma natural sencillez con que murmura la fuente o perfuma la flor, tres núbiles hijas de Cuenca, entre ellas, Angela Rodríguez, la mística poetisa de versos marianos, que me diera el ser.

No sé hasta que punto, pincele matices de egísmo, el que «cualquier tiempo pasado fue mejor»; pero proyectar en el telón del recuerdo los inocentes días de la primera edad, tiene para mí dulcedumbre de panales.... Tal emoción, perdura al evocar la lejanía de los Rosarios de la Aurora y las madrugadas de los Sábados de Mayo, en los que, entelerido por el vientecillo matinal, iba al templo conducido por mi madre, sintiendo algo, como si mensajes de la altura llegasen a la tierra enhebrados en la luz de los luceros, o si mensajes del mundo ascendiesen a los cielos, en las ondas argentinas de la voz de las campanas....

Compendio filial de ese inefable recuerdo, lo estampo en brevísimo poema, espigándolo del Sonetario «Troqueles», Dice así:

ANGELA RODRIGUEZ de MALO

*Rosarios de la Aurora ... , melodía
de los Mayos de infancia encantadores....
de esa luz que agoniza, a los fulgores,
evoco tu recuerdo, madre mía.*

*En las naves del templo, la ambrosía
se esparce del incienso y de las flores,
y es tu voz un trinar de ruiseñores
que eclosiona en vibrante Avemaría.*

*El amor de la Virgen casta y bella
que de lirio y violetas viste el manto,
la de los cielos divinal doncella,*

*ungió tus versos de sedño encanto:
alondra de su huerto, le diste a Ella
la matinal primicia de tu canto!*

Mas, he de cortar el hilo de esta personalísima y emocional digresión, tornando, para concluir, al primordial motivo de mis palabras.

Para vosotros, meritísimos miembros del Consistorio de la Fiesta de la Lira, que me honrasteis con la designación de Mantenedor; para vos, Sr. Dr. Manuel Ortiz, poeta exquisito, mentalidad fecunda, e inolvidable compañero de faenas literarias en el segundo Liceo, que con sobra de galanura os habéis dignado hacer mi presentación ante este selecto auditorio, los anchos caudales de la gratitud.

Me habéis enriquecido con el oro finísimo de generosa dádiva, cúpleme retornarlo con el metal de que dispongo: un medallón de bronce, en el que, esculpida la efigie del reconocimiento, os signifique con la firmeza de sus relieves, que el mío, se ha forjado con atributos de perpetuidad.

Alfonso Malo Rodríguez

Cuenca, Junio 16 de 1946.

Discurso del Mantenedor de la Fiesta de la Lira en 1947

Dos Mecenas

PRIVILEGIADA la tierra que rinde culto a la belleza y constituye en título hereditario el amor de las letras! ¡Privilegiada la tierra que mecía la cuna de varones ilustres que la enaltecieron con el brillo de sus virtudes y sabiduría! ¡Privilegiada la tierra cuyos hijos, al par que cantan, mantenedores de vigorosa tradición, arriman a la manquera el brazo fuerte y arrancan al suelo el fruto apetecido, mientras los ojos platónicos de la hermosura del paisaje y hartos de la maravilla circundante, se posan en el cielo, cumpliendo en esta Arcadia la misión de espíritu y músculo con que la ennobleciera el Marqués Virrey: *Primero Dios y después Vos!*

Desde los albores de la cultura adviértese en el hombre la predilección por la armonía, y son primitivamente los juglares los que deleitan las cortes y halagan la muelle vida y acaso la neurosis de príncipes artistas, con la emocional e ingenua maravilla de la trova puesta al unísono con las polifónicas vibraciones de la gama. Así lo atestiguan la tradición y la leyenda, y así

lo comprueban los viejos romances y las estrofas perpetuadas de lengua en lengua y llevadas a todos los confines, por errabundos trovadores.

En todo cuanto alienta o vibra en la naturaleza se advierte esa misma tendencia universal a la armonía: en el ave que al acariciante calor de la primavera eclosiona en trinos, preludios del arpegio con que ha de arrullar en breve el nido de sus amores; en el agua que brota cantarina de la entraña de la roca, murmura placentera al besar las florecillas de las márgenes y trémula vuelca el cielo en el tazón de los remansos; en el viento portador de polen y director de orquesta de la fronda, cuando la incita a que entone las sinfonías del follaje; en el mar que cansado de la estéril lucha de olas en la azul inmensidad de sus dominios, se aduerme soñoliento y rumoroso en la arena de los fiords y las bahías... Por su parte, el hombre traza la vibrante pauta del color, la pincelada creadora; comunica vida al bronce, al sílice y al roble con los armónicos y firmes golpeteos de la gubia y el cincel; sujeta a ritmo las vocinglerías del sonido, intuye y expresa en ideal pentagrama las microcósmicas, y por nosotros no escuchadas, vibraciones del silencio...; mas, en superación de todas esas armonías de la naturaleza, yérguese la del verbo, ya escrito, ya hablado, cuando arrebatada de entusiasmo los auditorios con la elocuencia de la cláusula sonora o enternece y sugestiona con la ingenua floración de la estancia métrica.

Y es quizás al amparo de «el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos» y a hurto de bullicioso cosmopolitismo, carente como fue y es el Azuay de sendas trajinables y estrépito de locomotoras, ya que en el decurso de casi una centuria no le han sido abiertos sino los caminos del cielo, según el decir de sentido místico y realista de Crespo Toral, donde con mayor predilección buscan asiento las Musas y las Letras.

Murado por los enbiestos picachos de las cordille-



NICANOR AGUILAR,

MAESTRO DE JUVENTUDES

ras andinas, se dilata el inmenso valle de Cuenca con verdores de sinople afectando la figura de musical instrumento en el que vibran las cuerdas de cristal de cuatro ríos y en cuyas márgenes beben fresca gomeiros, saucedales, capulicedas y retamas. En ese risueño lugar se tiende la ciudad mediterránea y pensadora, propicia por su aislamiento y belleza comarcana a las liturgias del canto.

En élla florecieron la austera y poligráfica sapiencia de Solano; la heroica figura de Calderón, guayaquileño por ancestro, cuencano por la cuna, quiteño por la gloria; el maravilloso arte sin escuela de Sangurima; la vibrante oratoria de Benigno Malo; la docta personalidad de Cueva; la agonía aferrada a la perpetuación de la vida en los Cristos que cincela Vélez; las inigualables dotes educacionales del Hermano Miguel. Luego desfilan aquellos a quienes conocimos: Luis Cordero, multifásico en conocimientos y Mecenaz de la Morlaquía; Miguel León, el mitrado santo por cuya sabia locura rasgan ya los cielos de Cuenca las cúpulas de la nueva Catedral; Julio Matovelle, teólogo, apologista y formidable orador parlamentario; Honorato Vázquez, lirida, devoto del pincel, diplomático y lingüista de alta escuela; Rafael María Arízaga, tribuno excelso; Remigio Crespo Toral, que empuña el cetro del principado de las letras; Miguel Moreno, el bardo de la fervorosa poesía mariana y de las apasionadas y doloridas trovas cantadas por los adolescentes en las serenatas a luz de luna; Nicanor Aguilar, otro Mecenaz del Azuay; Juan Cuesta, alondra del púlpito y los sábados de Mayo; los Cordero Dávila; José R. Burbano, Agustín Cuesta, Alfonso Moreno Mora y tantos, tantos, merced a cuya valía nos enorgullece el Ecuador con el preciado título de Atenas.

Trasplante, por universalidad del arte y anhelos de belleza, de los juegos florales de Tolosa, que en tiempos remotos pretenden y consiguen arrancar de manos de guerreros aristócratas la espada tinta en sangre y la

tea de la discordia, en ansias de expansión y poderío, por el rumoroso remecerse de los laureles y la sugerente y suave luz del primaveral amanecer en que se solaza la poesía, el «Consistorio del Gay Saber», constelación de bardos y prosistas de aquella lejana época, da vida a los Juegos florales, en los que la más hermosa de la Tolosanas prende en el pecho del lirida vencedor en el concurso, la flor de gloria.

Corren los años, y bajo los auspicios faustuosos ora de dama ilustre, ora del Rey Sol, en el brillante Mediodía de la Galia, en la Provenza del Ródano y Mistral, conquistan el codiciado trofeo de la poesía los más renombrados genios. Y aún hoy mismo cuando acaba de pasar por Europa la bestia apocalíptica de la última guerra mundial sembrando la más tremenda desolación, y blanquean en los yermos campos de batalla los insepultos huesos de incontables héroes, y las ciudades destruidas levantan entre montón de ruinas los mutilados y deformes escombros de sus palacios, monumentos y museos como protesta dolorosa y muda a la bárbara cultura del imperialismo Hitleriano, la Francia heroica y exangüe, nuevo fénix de leyenda, se reencarna en sus cenizas y en mantenimiento de gloriosa tradición, quiere trocar las adelfas por los lauros y llama estos mismos días, a los dilectos de las Musas, a terciar en el nuevo certamen de los Florales Juegos.

Trasplante de aquellas universales prosternaciones ante el ara del culto estético, donde se olvida por instantes la fatigosa lucha del vivir, desde hace cosa de tres décadas, anheló Cuenca, por temperamental disposición, cosechar en su vergel la mies preciada del arte: semilla echada al surco por mano de sus intelectuales hortelanos, regada con esmero por los cultivadores, engranada ya en áureas espigas; y en el que no podía ni debía faltar, para lucidez de viejos y renombrados merecimientos, y como exótico brote en el irisado jardín, la oscura flor de cardo del Mantenedor de la Fiesta de la Lira que este momento os habla.

Y ahora, luego de esta, quizás larga pero indispensable digresión preliminar, permitid me ocupe del propósito de este discurso, en el que colocándome al margen del estudio crítico y el supuesto biográfico, sólo quiero vivificar en la memoria de los nuevos el recuerdo cariñoso, casi filial, de dos personajes de claro relieve en el campo de las letras azuayas, que con su talento y virtudes, orientaron y definieron la vocación lírica de la adolescencia y juventud de esa época: Luis Cordero y Nicanor Aguilar.

Nicanor Aguilar

Vistiendo las insignias sacerdotales del célebre Instituto San Sulpicio de París, arriba a Cuenca en los albores de la adolescencia y términos de mi niñez, un joven levita que habiendo cursado con lucimiento los primeros años de estudio en el Colegio Conciliar de Cuenca, es llamado, al retorno a sus lares a regentar la cátedra de Literatura en el histórico Plantel. Las singulares dotes de sagacidad que adornan al nuevo profesor despiertan en el travieso alumnado la más fervorosa simpatía y le inducen a sentir amor por el estudio, el que se lleva a término en ambiente de entusiasmo y camaradería, ya que el novel Mecenas jamás emplea los deprimentes métodos disciplinarios de rebenques y calabozos, tan en boga por aquellos tiempos en que el clásico aforismo educacional «la letra con sangre entra», era de implacable e ineludible aplicación. Por opuesto rumbo del que siguieran los respetables y viejos profesores del Seminario, Nicanor Aguilar que añade a un temperamento espiritual y pulcro la refinada exquisitez que importa de la culta Galia y una deliciosa ironía, sal del ingenio, que incita a la confianza y al esparcimiento, hace de la clase un animado cenáculo en que la muchachada, tras rendir la diaria y obligada lección de texto que a fin de año la mayor parte de los discípulos lo repite de memoria de la alfa a la omega; entrégase a la lectura de poesía y prosa clásicas, columbrando así misteriosos y ocultos horizontes de be-

lleza, ya en el análisis de figuras de retórica, ya en los giros de cláusula, ya en la fluidez de dicción, en que es tan rica la lengua de Lope y de Cervantes.

La plácida fisonomía del maestro se enciende y alborozaba al observar que la claridad de sus explicaciones penetra como dardo de luz y prende entusiasmo en el corazón de los alumnos, quienes, en muchas ocasiones, sustrayéndose a la natural inquietud de la edad, solicitan empeñosamente la prolongación de la reglamentaria hora del aula. Y así concluye el curso de literatura, el grupo de mis compañeros, sus primeros discípulos, entre los que he de mencionar los nombres de Alfonso Andrade Chiriboga, Augusto Tamariz Crespo, Francisco Martínez Astudillo, José Mogrovejo Carrión, Juan Bautista Córdero y otros, quienes junto con los que llegaron después al discipulado del joven maestro, comienzan a sentir bajo su eficaz y perseverante enseñanza el delicioso como inocente cosquilleo que despierta en los pechos adolescentes, el amor a la rima.

Cuenca era por aquellos tiempos, como sigue siendo ahora, ciudad esencialmente mística y devota y junto con la estrofa del amor, tema eterno de la vida, ensaya con predilección la poesía mariana, con la que tienden el vuelo a horizontes de altura y superación los viejos bardos, orgullo de la Morlaquía: Cordero, Matovelle, Vázquez, Aguirre, Arízaga, Crespo, Moreno . . ., fundadores y miembros del antiguo Liceo de la Juventud de tan marcado relieve y feliz recordación en los fastos de nuestra literatura. El rumor de arpegio del huerto comarcano, incita, a la nidada de los alumnos de Aguilar a sentir la emoción del vuelo y la ansia del trino, inspirando las primicias de su canto en el inocente y dulce ideal de la Virgen de Mayo. Y es por entonces cuando el paciente y entusiasta mecenato del maestro cobra relieves imborrables en la placa sensible de la gratitud y el recuerdo.

La espaciosa morada, de amplios corredores y so-

leado patio, en cuyo centro despliega el pinar los verdes tazones de follaje, estancia de colibríes y jilgueros, se ve constantemente asediada por la turba estudiantil, que prepara la publicación de ensayos en honor de la Virgen, con portadas en papel de vivísimos colores y estrofas en que se impetra de la Soberana del Cielo consolación y piedad para supuestas amarguras...., todo puesto de relieve, sin duda para amenguar las ingenuas e inocentes deficiencias de versificación, con tirajes de imprenta, fulgurantes en purpuras y oro. Cuando al correr de media centuria, encuentro en los anaqueles bibliográficos de dos de mis compañeros de infancia, el lirida Alfonso Andrade Chiriboga y el inteligente profesional José Mogrovejo, la colección de aquellos minúsculos folletos, con trazas y perfumes de viejo devocionario e inocencias muertas, sjéntome poseído de inenarrable emoción e impulsado a rociar esas reseca flores infantiles con el húmedo tributo de las lágrimas.

En todo momento, y de preferencia en la temporada de la publicación de las rimas de Mayo, la siempre concurrida estancia del maestro se convierte en laboratorio y oficina de interminables consultas y correcciones que versan ya sobre la claridad de la dición, ya sobre la medida de las estancias y justeza de la rima, ya por fin sobre las escabrosas dificultades ortográficas; a todos atiende el mentor con franciscana paciencia y diligente empeño robándole así largas horas a su labor de hombre de letras y misión sacerdotal. No he de poner en olvido el eficaz método de adiestrarnos en la engorrosa ortografía, para lo que, apartándose de las incontables reglas, millonarias en excepciones, de las cartillas preceptistas, hace dictado de frases en que abundan términos de dudosa escritura, que al revisarlos y corregirlos, fija de manera indeleble y práctica en la despierta memoria de los párvulos la correcta aplicación y uso del apropiado signo. Por aquel mismo tiempo, el infatigable mecenismo de Aguilar funda el *Círculo Católico Literario*, al que acude un enjambre de adolescentes dirigido en sesiones semanales por el maes-

tro, y con la presidencia del joven poeta Sebastián Moscoso Tamariz, su asiduo secundador. Una pequeña revista manuscrita es el búcaro que ostenta las primicias en flor de los incipientes escritores.

La orientación hacia la cultura y el amor a las letras de la juventud cuencana, fue, pues, para Nicanor Aguilar, en el largo período de ocho lustros, la nota característica, el punto luminoso, la decisión vocacional de su fructífera existencia. Mas, si como dije al principio de estas frases, no es de mi propósito escribir biografía, semblanza y menos crítica de la personalidad de Aguilar, ya que bien cortadas plumas le han tributado merecida apoteosis, y estas palabras ajenas a tal idea y a las pragmáticas de discurso protocolario sólo son brota de cariñosa recordación, eso no priva que por breves instantes consagre a su nombre ilustre un elogio íntimo.

Tienen las preciadas gemas múltiples facetas en cada una de las cuales enciende la luz magníficas fulguraciones, siendo preciso observarlas en detalle para aquilatar su espléndida valsa. No de otro modo puede decirse de Aguilar, que en el estadio de la prensa, el apostolado de la enseñanza, el cultivo del arte y en el sitial de la tribuna sagrada se destacó con singular merecimiento. La «Alianza Obrera», decano de la gaceta azuaya de últimos tiempos, cobró inusitado prestigio desde cuando la pluma del atildado periodista la enriqueció, casi hasta la víspera de su llorado deceso, con espléndidos editoriales, en los que a la fluidez y galanura del estilo se juntaban la severa apreciación, el recto juicio, la madurez de raciocinio.

No hubo en el Azuay asunto que despertara interés público, agitara la conciencia del pueblo, dijera de sus progresistas anhelos, llevara a término líricos o religiosos festivales, lamentase la desaparición de hombres ilustres, como de sus modestos pero valiosos menestrales, sin que la péñola del atildado periodista se movie-

ra cálida y fecunda secundando nobles aspiraciones, tendiendo velos de serenidad y cordura en los hervores de las pasiones políticas, eludiendo estériles polémicas, ensalzando triunfos de escritores y poetas, ofreciendo para ejemplo de los sobrevivientes las virtudes de losidos, haciendo, en fin, de la prensa cátedra de civismo, tribuna de cultura para el pueblo.

La totalidad de las Revistas Literarias del país y la mayor parte de la prensa del Ecuador solicitan e insertan en sus páginas las producciones en prosa y verso del poeta, literato y periodista; mas su radiante esfera de acción no se detiene en las lindes de las fronteras patrias, y así en la ciudad de los Virreyes a donde va buscando alivio a la dolencia de su arcilla, la pluma y oratoria de Aguilar cobran caracteres de altura; así lo afirma enfáticamente uno de los grandes voceros de la prensa del Rímac cuando expresa que al asumir Nicanor Aguilar la editorialización de la hoja periodística asciende el tiraje del reducido límite de diez mil ejemplares a la enorme cifra de medio centenar de millar.

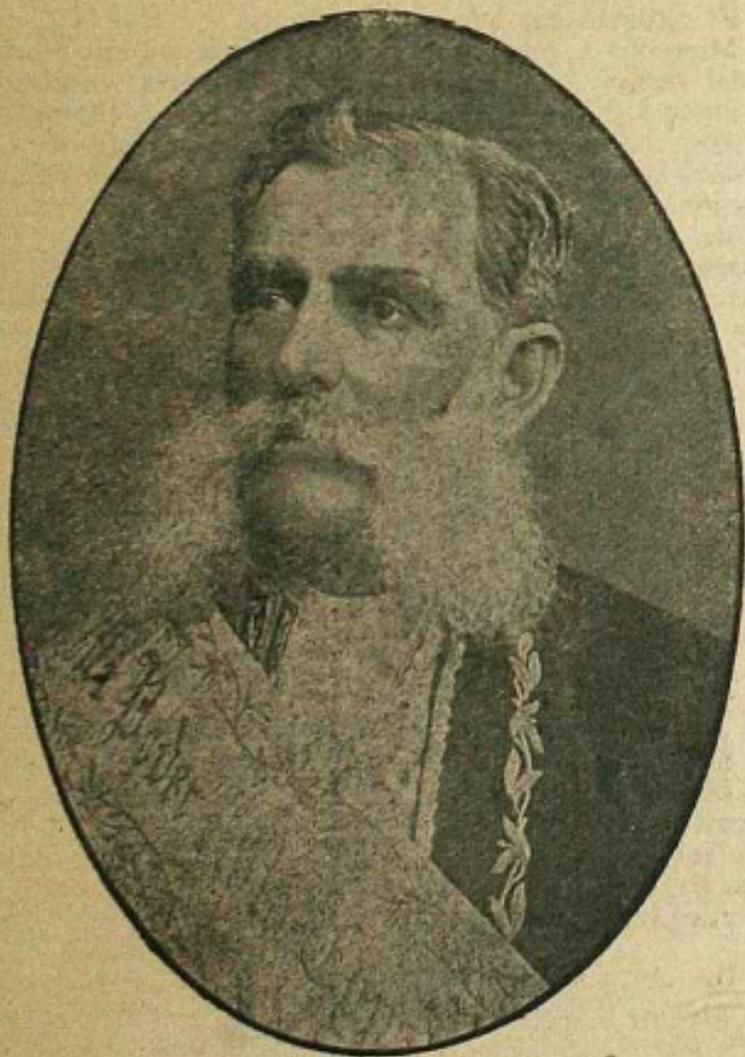
Gran parte del clero moderno recibió del maestro y mentor espiritual del Seminario, doctor Aguilar, las simientes de virtud y abnegada caridad, la lección predicada con el ejemplo de severas disciplinas en el ministerio del altar, la predilección por el estudio de los grandes apologistas de la iglesia y la decisión por las galas literarias y la belleza de la forma con que cautiva el corazón del auditorio en sus pláticas doctrinarias, sermones, homilias y alocuciones sagradas de toda índole.

Pero en donde culminó con astrales brillanteces la oratoria del ilustre animador de la tribuna sagrada, fué en la apología de héroes, santos y renombrados prestigios de América y la Patria, y en las magistrales oraciones fúnebres pronunciadas en ocasión del viaje sin retorno a las riberas de la muerte de varones ilustres, hon-

ra del Continente, del Ecuador y del Azuay.

El discurso sagrado a la memoria de Bolívar, como Miembro y en comisión de la Sociedad Bolivariana del Azuay, es pieza de singular maestría, ensalzada por austera crítica y digna de la magistral pluma de Aguilar y digna también del nunca bien glorificado Libertador de América. No menos cálido homenaje de admiración despertaron los brillantes panegíricos en honor de Juan León Mera y del gran tribuno Rafael M. Arízaga, las homillas a Santa Eufrasia, a Mariana de Jesús y otras, reproducidas por la prensa del Continente, y las oraciones fúnebres en las que en mérito de excepcional prestancia, inscribe en el calendario de la inmortalidad las figuras de egregios varones de la cuencanía: Justo y Miguel León; José María Aguirre, apóstol de la unción seráfica y convincente; Palacios Correa, Javier Landívar, Lizardo Abad, Jesús Arriaga, el humilde expósito, arqueólogo y sabio investigador; Juan María Cuesta, lírida de los Mayos, amigo y confidente de Aguilar, a quienes en el descanso de la huesa les ha sido confiado velar de lado y lado, como eternos centinelas de gloria, en la monumental cripta catedralicia, el calcio de Crespo Toral. Desde el fondo de esos sarcófagos, cimientos de catolicidad, sentirán cómo se yerguen sobre sus cenizas las columnas y las cúpulas, sueños hechos realidad del Obispo alucinado, quien desde ultratumba mirará, si de allá se mira, cómo un nuevo levita de los que llevan en alto el pendón de la virtud y la lira de las letras y la acción, Manuel María Palacios Bravo, es constante y entusiasta continuador de esa maravillosa obra de arte y de fé.

Un año antes de su muerte, el ilustre mecenas herido ya, como la encina por el rayo de la dolencia, rinde su postrer tributo de oratoria a la memoria de un ínclito patriota cristiano, poeta, literato y orador parlamentario de indiscutible mérito, Miguel Cordero Dávila, quien siguiendo las huellas de su ilustre padre, Luis Cordero el viejo, preside con fervoroso dinamismo los



LUIS CORDERO,
MECENAS DEL AZUAY.

destinos del Tercer Liceo de la Juventud, cenáculo de la cultura intelectual y artística de la tierra de Don Gil, hasta el momento de la desbandada final.

Las más altas dignidades fuéronle ofrecidas al Mecenas de la oratoria, el clero y la juventud, mas su ingénita modestia y acaso un no presuntuoso desdén por cuanto le apartara de la juvenil educación, hizo que hurtara la diestra y la sien al báculo y la mitra que le fueron ofrecidos en la Diócesis del Guayas, así como a pesar de la opinión del Austro, hurtada le fue también tal dignidad por oscuras emulaciones y la hostil política de entonces inmiscuída en achaques religiosos en la tierra que le vió nacer.

¡Nicanor Aguilar, maestro y amigo de mi remota adolescencia, tú que mantuviste con brillo esta eglógica y tradicional Fiesta de la Lira, tiende desde la altura de tu morada eterna un velo de piadosa sombra en torno de este Mantenedor, que ha pretendido con estas frases, añadidas a la luminosa apoteosis de tus biógrafos, refrearse en la memoria de los nuevos tu egregia personalidad!

Luis Cordero

Para que la semilla de la mies y la rama de la vid sean promesa de cosecha y de vendimia, urge que, a la caricia del sol, se busque y disponga de tierra fértil y paraje propicio. No de otra suerte fue necesario que las moradas de Aguilar y Luis Cordero, con idénticos fines aunque en distintas épocas, fueran el campo generosamente ofrecido por los Mecenas para la siembra y recolección de los ideales juveniles.

Impresa llevo en la retina del recuerdo, la solariega y hoy parcelada mansión del anciano ilustre. En el extenso patio, jardín y huerto, murado de hierros, se muestran solícitamente cultivados arbustos de magnolia cuya nívea floración finge palomas en vuelo y ro-

sales tintos en sangre, mientras madreselvas y yedras cubren de espeso follaje los troncos de los árboles y pilastras de ladrillo y cal que sostienen la soleada azotea, emporio de flores y pájaros, en macetas de cocido barro y jaulas de metal y juncos.

En la amplísima casona abundan las estancias familiares y magníficos salones alfombrados, de cuyos techos penden artísticos candelabros de cristal de roca, y en los que hay derroche de muebles de arte criollo, consolas de mármol con bronce y bustos, y soberbios Pleyel donde ejecutan música sus artistas e intelectuales hijas.

Uno de los lugares más preciados de la solariega mansión es el gabinete de estudio y biblioteca del Mecenas repleto en ejemplares de clásicos griegos y latinos, eruditos, literatos y oradores de la Francia ilustre, una abundantísima colección de escritores españoles y americanos y por fin el caudaloso emporio de Revistas y periódicos nacionales y extranjeros, de los que fuera asiduo redactor o colaborador.

En este estudio—biblioteca se destaca con perfiles de medallón la procerca figura del patriarca viejo: alto y erguido, robusto y fuerte, con la robustez y fortaleza que comunican la vivencia en el agro, la terapia del sol y el respirar a pulmón lleno los hálitos de la serranía; en albor de cumbre remata en la altiva testa la nieve del cabello; la frente amplia y despejada con surcos que abrió la esteva del tiempo; los ojos vivaces y escudriñadores, si bien tenuemente empañados por las lágrimas del *Adios*...; la nariz de borbónica contextura; labios y boca en rictus de enseñanza y elocuencia; mejillas de marfileo tono, reveladoras de lo claro de la estirpe, y de la que fluye en desplome de glaciares el patriarcal tributo que Rubén cantara en el Emperador de la barba florida; el dorso levemente curvado, que tras largo contemplar el cielo, inclinóse a menudo en el estudio de la nativa flora; del recio tronco emergen los brazos señaladores de horizontes, y las plantas se afir-

man vigorosamente al suelo, igual que los gomeros que importara un día de extranjeras playas...

Por todos los ámbitos, se escucha la voz sonora y enfática de la intelectual prole: Luis, Miguel, Gonzalo y la aflautada vocecilla del chico prodigio, Remigio Romero y Cordero, que desde entonces sorprende y cautiva, con arranques y prontitudes de prematuro ingenio, a deudos y extraños.

Por entonces se ha constituido en Cuenca, a urgencias de moda y gusto literario, el afán coleccionista de autógrafos en postales que destacan cromáticamente cuantos motivos imaginarse pueden. Cierta día, recomiéndame una intelectual e ilustre dama del estrado de Cuenca, doña Herlinda Toral, con cuyo nombre se honra un destacado plantel de Educación femenil, que solicite del insigne literato un pensamiento, una estrofa, algo en fin, para enriquecimiento de su album. Al llegar con mi demanda, encuentro en el gabinete de estudio del viejo literato uno o más personajes de letrada cepa e igual número de noveles escritores. La postal ostenta una efigie del Libertador. Tan luego como la mira, se enciende su palabra fecunda en patriótico fervor, como en inspirado monólogo hace en brevísima síntesis la apología del padre de la patria, invitándome luego a que escriba al dictado una serie de magníficos pareados, uno de los cuales conservo en la memoria:

*Arabas en el mar —bien lo dijiste—
¡la suerte de tus Hijas es tan triste!*

Fue, pues, una de las manifestaciones del multifásico intelecto de Cordero el don de improvisación, puesto de relieve en ocasiones y motivos varios, véase si nó: la Misión Geodésica Francesa arriba por segunda vez al Ecuador para la fijación definitiva en estas comarcas de un arco de meridiano; asciende la docta misión a la cañari cumbre del Namurelti; al pié de uno de sus repechos se tiende el valle, cuna del poeta; allí está él,

y urgido a brindar, copa en mano, el clásico champagne, que en mérito de altura y libre de atmosférica presión, revienta en chispeadoras burbujas, dice:

*Al saludar a los grandes
se necesita elegancia;
por eso subo a los Andes
para saludar a Francia.*

En las postrimerías de su vivir se le acredita Embajador Ecuatoriano para una de las gloriosas efemérides de la tierra en cuyo pendón fulgura la estrella solitaria, y en banquete de despedida que se le ofrece a su retorno a la patria, conocida su proverbial facundia, se le impulsa a improvisar y entonces dedica a Chile este bello cuarteto:

*Yo te diera el corazón
y todo lo que él encierra,
mas si el corazón te doy
¿en qué te llevo a mi tierra?*

Abrigo el temor de que dentro de las modernas escuelas literarias tan pródigas en imágenes y metáforas, si bien muchas de ellas de bellísima concepción y factura, muchas otras de ininteligible apreciación, han de saber a viejo esas claras y clásicas maneras de expresar ideas, mas, sea por mis deficiencias de crítica o por irresistible apego a las por hoy desdeñadas tradiciones literarias, me atengo a ellas, porque sé y pienso que a ellas se atuvieron los maestros de la lengua del castellano decir.

Si detenemos un momento la atención en el trastorno que imprimió en las letras españolas el aparecimiento del gran polígrafo Góngora, cuya influencia de soberano estilista abre escuela, a la que ingresa abandonando las normas clásicas el más peregrino enjambre de escritores empeñados en exagerar hasta lo indecible las orientaciones del maestro y tomar el fácil atajo

de lo exótico, poniendo cortina de sombra en el fulgente cielo de las letras hispanas; si observamos con cuidado que tras largo período de correr turbias y caudalosas las oleadas del gongorismo, vuelven las aguas al tranquilo cauce, en cuyo fondo chispean las ideas con diamantina claridad, movidos estamos a creer que igual que antaño los satélites modernos que han pretendido seguir la órbita luminosa de un sol de la América de las letras, Rubén Darío, tras estéril peregrinaje por ignotas regiones de idealismo y sonoras frases, tornaran al centro de atracción, radiante y fecundo de un severo eclecticismo.

Pero volvamos a don Luis Cordero. Fundador y Presidente del Primero y Segundo Liceo de la Juventud, por los que desfiló la plana mayor de letrados del Azuay, vuelve con renovado entusiasmo, maduro ya, a organizar y dirigir el Tercer Liceo —al cual perteneció el que os habla— llenando a maravilla la deliciosa tarea que ennobleciera a Hugo: el arte de ser abuelo.

La casa del Mecenaz brinda alero a la nidada nueva y en las vastas dependencias ensaya el predestinado grupo a pulsar la lira y familiarizarse con los arpegios de la gama. No hay momento en los ámbitos de la espaciosa casona en que no se escuche por doquier el acorde musical, en que gime grave el violoncelo, bordonea la guitarra y suspira el violín, sobre todo en las temporadas de preparación de las veladas literarias y filarmónicas del Liceo, a las que la sociedad de esos tiempos acude, ávida de aplaudir a maestros y noveles escritores.

Persona y bienes del anciano ilustre estaban, pues, a merced de los jóvenes a los que aleccionaba en literatura y arte; mientras la *Revista Cuencana*, órgano de publicación de esa Academia, editada en la prensa de propiedad de Cordero, recogía, previo tamiz del lírico Booz, dueño del trigal, las espigas de predilección. Y allí fue lo de multiplicarse, intelectual, moral y mate-

rialmente las actividades del inolvidable Miguel Cordero Dávila, el dilecto amigo e irremplazable Presidente del Liceo.

Pese a que no fue el propósito de estas palabras analizar la multifásica personalidad de Luis Cordero, ya que las magníficas plumas de Crespo Toral y Manuel J. Calle la pusieron de singular relieve con motivo de la muerte del gran patricio y su coronación en efigie, me siento en el ineludible impulso de perfilarla brevísimamente:

Varón de los raros, compendia toda clase de capacidades de intelecto. Su primera educación se realiza en el agro, al calor de paternal empeño, por lumbres el sol de cada día y el velón nocturno. Ascende por personal empuje, de pendolario, Teniente Político de aldea, Juez parroquial y maestro de primeras letras a castizo y académico escritor, Primer Magistrado del país, miembro eminente de la Diplomacia, Presidente de las Cortes de Justicia y director espiritual de juventudes en Academias, Liceos, Colegios y Universidades. En los albores de la niñez fue compañero y confidente del indio, y llega a constituirse en su defensor impertérito y bardo de sus postergaciones y dolores, en el dulce idioma de la onomatopeya y las vocales suaves, con las sentidas estancias del *Rinimi llacta*. Varón, en fin, que, poeta, reclama al Cantor argentino, en *Aplausos y quejas*, el injustificable no recuento de la «Patria querida, por cuyo amor es poco dar la vida», y en la suprema desolación elegíaca del *Adiós*, apostrofa casi enloquecido a la Virgen de su arraigada creencia:

*«Después de tu orfandad en el Calvario,
no deben haber huérfanos, Señora»;*

Políglota, supo de lenguas y al mismo tiempo que el protocolario discurso de Miembro Correspondiente de la Academia Española, escribe el Diccionario Quichua, para que junto a la gloria del cetro de Carlos V y Fe-

lipo II no se pusiera en olvido el Tahuantinsuyo del gran Huayna Cápac.

Erudito en conocimientos botánicos del terruño y propulsor inteligente de cuanto signifique industria y riqueza nacional, escribe textos y monografías de esa materia y de agricultura en general, ciencias entre las que, según la sugestiva y bella imagen de Manuel J. Calle, no hay más distancia que de la despensa a las bocas que la consumen.

Hombre de excepcionales merecimientos, ni quiso ni logró substraerse a las veleidades de la agitación política, y cuando en hora menguada, y en desempeño de la Presidencia de la República, la codicia de mercaderes de la Patria atenta contra el honor de su glorioso estandarte y pretende enredarle en los laberintos de una jornada oscura, yérguese airado, y después del triunfo, arranca de su pecho la insignia del Poder, abandona el Capitolio y busca el apacible retiro de la heredad cásera, pudiendo, la frente en alto, repetir con el poeta:

*Los claros timbres de que estoy ufano
han de salir de la calumnia ilesos;
hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan: mi plumaje es de esos.*

Tarda, pero llegará día en que se cumpla el justo y patriótico anhelo de Crespo Toral, cuando dijo de Cordero: «El Azuay, el Ecuador deben la estatua a este eminente ciudadano que dignificó a la humanidad por su virtud, que fué protector de una raza, maestro de tres generaciones, poeta excelso, repúblico eminente y cristiano viejo».

Insigne Maestro: mientras llegue el momento en que la ciudadanía que cosechó tu sabia enseñanza, erija en bronce, sobre pedestal del mármol de sus canteras, tu figura egregia, sean mis palabras, amortiguada lumbre, pero lámpara votiva que recuerde a los Azuayos esa

deuda de gratitud y justicia, a tus excepcionales merecimientos!

No he de concluir, selecto auditorio, sin que rinda al Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, a la Municipalidad de Cuenca, al Colegio «Benigno Malo», al «Club Rotario» y al Conservatorio de Música «Rodríguez», el más cálido homenaje de gratitud, ya que en fervoroso convenio o pleitesía han contribuido al esplendor de este lírico festival.

Y ahora intelectuales y nobilísimos concurrentes a la Fiesta de la Lira, de la que me ha cabido en honra ser Mantenedor, a prender en el pecho de los concursantes triunfadores la insignia de oro que les acredite heraldos de la péñola, la rima y la gama; y a unir al otoñal e inarmónico aplauso de mis frases el estimulador y sonoro laurel de vuestras palmas!

Alfonso Malo Rodríguez.